

EL CORREO DE ULTRAMAR

PARTE LITERARIA ILUSTRADA.



1860. — TOMO XV.

EDITORES PROPIETARIOS : X. DE LASSALLE Y MÉLAN.
Administración general, passage Saulnier, núm. 4, en Paris.

AÑO 19. — N° 373.

SUMARIO.

Besamanos en el palacio de Madrid; grabado. — Cecilia. — Revista de Paris. — El imperio de Marruecos; grabados. — La guardia civil. — Pio IX y su enciclica; grabados. — La ciudad de San Francisco (California); grabado. — El doctor Antonio. — S. A. I. y R. la gran duquesa Estefania de Baden; grabados. — Nuestra Señora de Paris con su nueva aguja; grabado. — La caridad. — Anda el diablo en Cantillana. — Revista de la moda. — Proyecto de un nuevo uniforme para la tropa de línea del ejército francés; grabado. — Salida

de Milan de militares franceses heridos en Magenta; grabado.

Besamanos en el palacio de Madrid.

Con motivo del feliz natalicio de la infanta doña María de la Concepcion, hubo besamanos en el palacio de Madrid el día 26 de enero. A las tres de la tarde la reina, vestida de blanco y azul, subió las gradas del trono, teniendo á su izquierda á su esposo con uniforme de general, á la infanta Isabel y la nodriza con la infanta María de la Concepcion. El principe de Asturias, que debía ocupar la derecha de la reina, no pudo asistir á la

ceremonia. Las diputaciones del Senado y del Congreso fueron admitidas á presentar sus felicitaciones á la reina, que respondió con la mayor afabilidad á los discursos de los presidentes; luego tuvo lugar el besamanos.

Nuestro dibujo representa el besamanos del tocador, en el que figuran las señoras que tienen el privilegio de besar la mano á S. M. El besamanos de cámara se reserva exclusivamente para los ministros, los altos funcionarios, y en general los personajes políticos. Por último, el besamanos general comprende á los oficiales del ejército y á los funcionarios de un orden inferior. — Mientras duró la ceremonia, la plaza de Armas y la de Oriente estaban invadidas por una crecida muchedumbre.

X.



BESAMANOS EN EL PALACIO DE MADRID EL DIA 2 DE ENERO.

CECILIA.

NOVELA ORIGINAL

POR LA SRA. D^{ña} ENRIQUETA LOZANO DE VILCHES.

(Conclusion. — Véase el número 372.)

La jóven levantó su pálida frente: en su mirada tan dulce brillaba una resolución: se acercó al padre de su amiga y lentamente dijo:

— En nombre de María, yo imploro su perdón de Vd., y no solo su perdón, sino su afecto, su estimación; yo juro á Vd., por la memoria de mi padre, que no soy culpada; la fatalidad solo ha ocasionado todo esto; pero en este instante, al lado de María á quien amo como en otro tiempo mejor, ofrezco á Vd. que todo terminará en breve. Sobre todo guarde Vd. silencio de cuanto ha ocurrido esta noche. Cuide de María; vuélvala la salud del cuerpo, que yo la devolveré la felicidad del alma. ¡Soy muy desgraciada! Usted, á quien no consume el fuego de las pasiones, rece y pida por los que no pueden ni aun rogar á Dios.

El marqués estrechó la enflaquecida mano de Cecilia: había dicho que su hija sería feliz; ¡valia tanto esta palabra!

La jóven cayó sobre una silla, abismada en una profunda meditacion; el padre de María observaba con ansiedad la respiración y el pulso de la enferma; pero ni uno ni otro volvieron á interrumpir el silencio.

Los primeros albores del día los sorprendieron en el mismo estado.

IV.

Era uno de los últimos días del otoño; los árboles se hallaban despojados de su verdura, la naturaleza de sus flores, y el cielo cubierto de pardas y sombrías nubes.

Un viento frío y húmedo arrastraba lánguidamente las amarillas hojas que habían caído de sus tallos, como el soplo del tiempo lleva tras sí las secas hojas del desengaño, las verdes y brillantes flores de la esperanza.

Algunas gruesas gotas de lluvia se desprendían de las arremolinadas nubes, viniendo á azotar los cristales de una ventana cuidadosamente cerrada, por la que apenas penetraba la luz en una habitación modesta, pero arreglada con esmero y prolijidad.

La atmósfera que reinaba en aquel cuarto era templada en demasía, y cargada de los punzantes olores que se perciben siempre en la alcoba de un enfermo.

A un lado se hallaba una mesa cubierta de frascos y medicinas; en la chimenea ardía continuamente un robusto tronco de encina, y las blancas cortinas corridas sobre los postigos atenuaban la claridad del día.

En un blanco lecho cerca de la ventana se hallaba una mujer, casi una niña, que aunque demacrada y pálida, conservaba una dulce y simpática hermosura.

De vez en cuando una tos seca y tenaz agitaba su pecho, y tenía sus blancos labios de roja sangre.

Esta mujer era Cecilia; Cecilia que se hallaba en el último grado de tisis y próxima á adormecerse en el sueño de los justos.

Junto á ella velaba una anciana agobiada bajo el peso del sentimiento.

A cada instante dirigía sus temblorosas manos á la frente de la jóven ó arreglaba con esmero las ropas de la cama, mientras sus ojos inmóviles permanecían fijos en una misma dirección.

Era ciega.

Algunas lágrimas mal contenidas solían caer sobre el rostro ó las manos de Cecilia cuando su pobre madre se acercaba mas á ella para hacerla una caricia ó para tocar sus sienes; la infeliz niña las veía correr en silencio, y á veces llevaba la mano á sus labios para beberlas ó para humedecerlos en aquellas gotas de llanto desprendidas del corazón de una madre.

Nada interrumpía el silencio que guardaban aquellas dos mujeres, sino los suspiros de la anciana y la fatigosa respiración de la enferma; al fin, después de permanecer calladas algun tiempo:

— Madre mía, dijo la jóven con voz débil y afanosa, ¿qué hora es ya?

— Las seis, contestó la pobre madre, procurando dar á su acento tranquilidad afectada en vano.

— Ya no tardarán, continuó Cecilia: dentro de poco tiempo estara en mi pecho el Médico celestial: Dios, que curará los dolores de mi alma, ya que los hombres no pueden curar los del cuerpo; yo estoy tranquila, contenta con morir; bien lo veis.

Hubo algunos momentos de silencio, en los cuales mil pensamientos encontrados surgieron en la frente de la enferma; al cabo extendió sus descarnadas manos y cogiendo las de su madre mojadas en llanto:

— Quisiera pedirles una gracia, la dijo; la última acaso; bien lo sabéis.

— Dí, ¿qué quieres? murmuró la anciana sin poder ocultar su pena y dando libre curso á sus lágrimas.

— Dadme tintero y papel, madre mía.

— ¡Cómo!

— Yo os lo ruego; nada me preguntéis.

La ciega se levantó, extendió sus manos adelante, y sin vacilar un punto se dirigió á la mesa donde se hallaban los objetos pedidos por su hija.

Cecilia apoyó el brazo sobre la almohada, y con mano mal segura escribió estas palabras:

— « Voy á morir, Gabriel, y deseo veros por última vez; venid pronto, porque mi vida se acaba. — CECILIA. »

La jóven dobló la carta, y extendiendo la mano tiró ligeramente del cordón de la campanilla; pero retirándola con prontitud.

— No, dijo; el sacrificio debe ser completo.

Y aquel papel escrito con tanta ansiedad, cayó junto al lecho roto en mil pedazos.

Cecilia se dejó caer sobre la almohada rendida de aquel esfuerzo tan superior á su estado; sus ojos se cerraron y quedó entregada á sus recuerdos de la pasada vida ó á sus esperanzas del cielo.

La triste madre velaba con el oído atento al mas ligero movimiento de la jóven; demasiado sabia que no tenía remedio el mal que la iba á arrebatarse su único apoyo, su única felicidad sobre la tierra; demasiado sabia que le quedaban pocas horas de oír aquella voz tan dulce y tan amada que otras veces había sido su encanto; que en breve dejaría de escuchar aquella respiración agitada y aquella tos que desgarraba su pecho; ¡cuánto hubiera dado la pobre madre porque la hubiera sido posible ver á su hija una vez siquiera antes de perderla para siempre! Era horrible saber que la muerte acaso ya se pintaba sobre la frente de aquel pedazo de su corazón, y no poder cubrirla con su mirada maternal: no poder leer en aquellos ojos una despedida, un adiós del alma.

Aquella incertidumbre, aquella oscuridad eterna en tales momentos era cruel.

¡Pobre ciega!

¡Pobre madre!

El ligero ruido de unos pasos que se acercaban la sacó de sus tristes pensamientos: la puerta se abrió suavemente y un hombre apareció en el dintel.

Si la anciana hubiera podido ver al recién llegado, con su negra ropa talar y su aspecto grave y melancólico, indudablemente se hubiera estremecido de pies á cabeza; porque aquel hombre era el ministro de Dios que venia á derramar en el alma de la moribunda el bálsamo divino de la esperanza cristiana.

Después de un ligero saludo se colocó á la cabecera de la enferma.

La jóven abrió lentamente los ojos, y una imperceptible sonrisa apareció en sus descoloridos labios.

Después de un instante:

— ¿Estais dispuesto á oirme, padre mio? dijo besando la mano con que el sacerdote acababa de tocar su frente para ver el grado de fiebre que la abrasaba.

— Siempre, dijo este con un acento lleno de dulzura y bondad.

— Madre de mi alma, dejadme sola un momento con este mi padre espiritual: pronto volveréis á mi lado para no dejarme un momento ya sola.

La anciana nada contestó: enjugó lentamente sus ojos y se dirigió fuera de la habitación.

Cecilia y el confesor quedaron solos; de los secos labios de la jóven brotó la confesion de su vida, pura é inmaculada como el ensueño de un niño; llena de fe en otro mundo mejor; habló de su amor, de sus sufrimientos, de aquella noche en que al lado del lecho de María juró á su padre devolverla el corazón de su esposo.

— Y lo he cumplido, continuó; ¡grande ha sido la lucha! he perdido la vida en ella; pero Gabriel la ama y á mí acaso me desprecia. Decidme, padre mio, ¿creéis que Dios me perdonará este amor culpable en gracia de tanto como he sufrido de seis meses á esta parte? Yo conocia que Gabriel no dejaría de amarme, aunque sin faltar á sus deberes, en tanto que me creyera acreedora á su cariño; si yo hubiera huído de su lado llevando sobre mi frente la aureola del amor y el sacrificio, acaso él también hubiera abandonado á María por amor á mi recuerdo, ó me hubiera amado siempre. Esta pasión no hubiera hecho desgraciados á entrambos, y yo había jurado al marqués volver la tranquilidad á su hija. El solo recurso que me quedaba era arrancar mi memoria del corazón de Gabriel; hacerme á sus ojos tan indigna de su cariño, como noble y virtuosa era María. Empecé pues por aparentar que aceptaba su amor; que anhelaba retenerle á mi lado y acaso hacerle olvidar sus deberes. Después todo mi empeño fué adivinar qué amaba mas en mí. No me había engañado; Gabriel no estaba alucinado con la poca hermosura que debí á la naturaleza; Gabriel amaba el alma que yo había recibido de Dios; era preciso pues destituir á ese alma de todo valor á sus ojos... ¿lo creéis, padre mio? antes de dos meses Gabriel me conceptuaba una mujer sin corazón, mas aun; creyó que solo por orgullo, por coquetismo, le había querido traer á mis pies. Entonces empezó á enfriarse su amor, y la voz del remordimiento se fué alzando en su conciencia á vista de la resignación y del amor de María; yo me mostraba celosa, le habiaba mucho de ella con queja y con aparente odio. « Es verdad, le decia, que te ama, que ha querido morir por hacerte feliz; pero ¿qué nos importa? » Después Dios mismo favoreció mi resolución, y la esperanza de ser padre le atrajo con mas fuerza al lado de su esposa.

¡Si viérais cuánto he sufrido en esos días de fingimiento y de lucha, en esos días en que veía extinguirse grado á grado en el alma de Gabriel el amor por que ardía mi corazón, en esos días en que le engañaba tan cruelmente, ora fingiéndome orgullosa, ora caprichosa y fria! Mil veces cansada de aquel afán tan extraño, pensé arrojarle á sus pies y suplicarle de rodillas que se alejase para siempre... pero no; yo no debía separarle de mí dejando que llevase mi recuerdo en el alma, yo debía arrancar aquel amor de su corazón y lo he

conseguido. Hace mucho tiempo que no he vuelto á verle; se alejó de mi lado pensando que yo no le amaba, despreciándome por haber jugado con su corazón. ¡Oh, padre mio! he sufrido mucho, mucho; nadie en el mundo podrá medir la extension de mi sacrificio; sacrificio que me mata; porque esta llama que he escondido en mi pecho ha quemado mi existencia; he combatido y he logrado vencer mi corazón; pero ya veis el fin de la lucha. Mi alma ha sido fuerte; pero mi cuerpo ha cedido y el dolor me mata. ¡Oh! Bendecid mi frente, padre mio, porque he sido muy desgraciada.

El sacerdote iba á contestar, pero el sonido de una campanilla, el resplandor de las luces que brillaban en la calle, contuvo las palabras en sus labios.

— Bendecid mi frente, repitió Cecilia; mi Dios se acerca á mí; dadme el perdón para que pueda recibirle.

El ministro del Señor apoyó su mano sobre la cabeza de la moribunda, y pronunció con voz solemne y lenta algunas palabras del ritual romano; después se dirigió á la puerta y abrió de par en par sus dos hojas.

Pasado un momento ocupaban la estrecha habitación algunas personas desconocidas con velas en la mano y doblada la rodilla, mientras el pastor de las almas re-vestido con los ornamentos sacramentales, ponía en los secos labios de la enferma la Hostia consagrada, repitiendo con pausado acento las oraciones de costumbre, á las que respondían los circunstantes con el mayor recogimiento.

Cuando todos hubieron salido, un hombre pálido y agitado se precipitó en la habitación.

Era Gabriel.

Un ¡ay! desgarrador salió de su pecho al contemplar el rostro de la enferma.

— ¡Cecilia! exclamó con voz doliente. ¡Cecilia!.....

La jóven se estremeció terriblemente, y con voz apenas perceptible murmuró con efusión:

— Gracias, Dios mio; le veo antes de morir.

No pudo continuar, porque su acento se apagaba, pero dirigió á Gabriel una mirada profunda y elocuente, y consultando con los ojos al confesor que permanecía á su cabecera, le abandonó también una mano que Gabriel cubrió de lágrimas y besos, sin pronunciar una sola palabra.

La jóven hizo un esfuerzo penoso, y con una voz débil y casi ininteligible dijo:

— Cuando yo muera cuida de mi madre, Gabriel.

— ¡Oh! seré un hijo para ella, contestó el jóven entre sollozos.

Un velo cubrió los ojos de Cecilia: su mano quedó yerta entre las manos del esposo de María: sus marchitos labios se entreabieron, y en el estertor de la agonía murmuró un nombre, que voló con su alma á Dios.

Gabriel sintió aquel estremecimiento; se levantó rápidamente arrojándose sobre el lecho de Cecilia, recogió en sus labios su postrer suspiro con un primero y último beso.

Un juramento y una blasfemia horrible espiraron en sus labios.

En medio de su desesperacion, en aquel momento de angustia, se oyó en la antesala la voz de un criado que preguntaba precipitadamente por él.

— Corred, señor, corred, le decia: vuestra esposa acaba de dar á luz un hermoso niño.

Gabriel se estremeció, y un sentimiento indecible y nuevo agitó su corazón, cuando leyó en un pedazo de papel que el fiel servidor había dejado en sus manos, estas solas palabras escritas con lápiz:

« Gabriel, ven á mi lado: la frente de nuestro hijo necesita el primer beso y la primer bendición de su padre. »

Gabriel quedó inmóvil algun tiempo, hasta que no pudiendo dominar tan grandes emociones, se cubrió el rostro con las manos y dió libre curso á su llanto, vertiendo con despecho sus lágrimas; porque se avergonzaba de llorar, como si el corazón humano no se anegase en lágrimas de sangre á cada herida que recibe.

El sacerdote se acercó á él y cogió el papel de María que se había escapado de sus manos.

— Consolaos, le dijo con dulzura y cariño; la tierra tiene una mujer menos, pero el cielo tiene un ángel mas. Os amaba y era digna de vuestro amor; la habeis perdido, es verdad, pero la misericordia de Dios es grande. Si os arrebató una mujer á quien amais, os da un hijo y una madre en cambio; el amor de Cecilia hubiera amargado vuestra vida siempre; la ternura de vuestro hijo embellecerá vuestra existencia.

Abandonemos este lugar llevando con nosotros esa infeliz anciana que queda sola en el mundo.

— Sí, vamos á ver á mi hijo, exclamó Gabriel; vamos á consolar á mi nueva madre; salgamos de aquí.

Y apoyándose en el brazo del ministro del Señor, se dispuso á dejar aquella mansion; pero antes de separarse para siempre de la que tanto había amado, se acercó á los pies del lecho, y contemplándola con amor, exclamó con un grito del alma:

— ¡Adios, Cecilia!

Revista de Paris.

Concluido el carnaval, se han suspendido los bailes, y se reemplaza esta diversion en los salones con conciertos y representaciones de comedias. El furor dramático es la manía actual de los parisienses; manía de la que se ven ejemplos

en todas partes desde las regiones oficiales mas encumbradas hasta las casas mas humildes. Hace pocas noches hubo una gran fiesta en el palacio romano del príncipe Napoleon, la cual consistió en la representación de una comedia precedida de un prólogo en verso por Teófilo Gauthier. Ya saben los lectores de este periódico que el príncipe Napoleon se ha hecho construir en la calle Montaigne una casa por el estilo de las de Pompeya. En toda su construcción así como en sus adornos se nota el mismo gusto que en las ruinas maravillosas de la antigua ciudad que hace poco ha resucitado de su largo sueño. Las reconstrucciones hechas por el anticuario Mazois á principios de este siglo y por M. Gell, han servido de modelos. Al entrar en el palacio del príncipe Napoleon se creeria uno en una casa de la calle del Foro ó de la calle de los Sepulcros.

En Pompeya se han encontrado restos teatrales, caretas y mosaicos, entre los cuales uno representa un ensayo y otro una escena cómica, que son indicios de la afición de los habitantes á los juegos escénicos. Así pues, ya que se resucitaba la ciudad muerta, pareció oportuno hacerla revivir en medio de una fiesta teatral por el estilo de las que sin duda la animaron frecuentemente; y se invitó á varios cómicos del Teatro Francés para que representaran en el palacio del príncipe alguna pieza de acuerdo con su arcaísmo. La comedia elegida era el *Tocador de flauta*, de M. E. Augier, pieza que no se ha representado hace nueve años.

El programa que se repartió á los convidados decia así :

TEATRO DE POMPEYA.

Apertura despues de haber permanecido cerrado durante mil ochocientos años por causa de restauraciones interiores.

La femme de Diomède,

Prólogo en verso por Teófilo Gauthier.

Arria..... María Favart.

Le Joueur du flûte,
(sin flauta)

comedia en un acto y en verso por E. Augier.

Ariobazano (Caleidi s).. Geoffroy.
Tsaumis..... Samson.
Bomilcar..... Got.
Lais..... Madeleine Brohan.
Timas, esclavo de Lais. Malvina Parent.

Neapoleone III. Imp. Aug. — Coss. non designatis Censore invito.

Lo cual quiere decir : «Bajo el reinado de Napoleon III, emperador augusto. — Sin cónsules designados. — A pesar del censor.»

Aquí hay una alusion : parece ser que la comedia de M. E. Augier tuvo muy pocas representaciones, porque se opuso á ellas la censura.

A la funcion del príncipe Napoleon asistieron SS. MM. II, que felicitaron á las artistas Favart y Magdalena Brohan por su talento escénico.

La moda de representar comedias en los salones durará mucho tiempo, porque se han empeñado en sostenerla las señoras del gran mundo, á quienes proporciona una ocasion para hacer brillar sus gracias y sus talentos. Los triunfos de la escena tendrán siempre para ellas un poderoso atractivo. Algunas señoritas de la alta sociedad cuentan en el número de las ventajas mas preciosas que debe traerlas el casamiento, la facultad de representar en los salones; pero esto se llama no contar con la huésped, pues hay maridos, y mas de uno podriamos citar, que prohíben á sus caras mitades este entretenimiento.

Ya que hablamos de comedia, hé aquí un buen argumento para un juguete cómico, que tomamos, reasumiendo sus pormenores, de la crónica parisiense de M. E. Guinot.

Antonia X... es una señora muy rica y muy conocida en las reuniones del mundo financiero. Casada por amor hace unos veinte años con un jóven sin fortuna, enviudó al cabo de diez años, quedando con dos hijos, un niño y una niña. El invierno pasado, como su hijo se hallase ya en edad de comenzar sus estudios, le dió un maestro, que era un jóven de veinte y seis años, de una apariencia agradable.

La viuda estaba contenta con él; porque era en efecto un hombre muy amable, nada pedante, lleno de celo y de erudición, bueno para su alumno y complaciente y obsequioso con la madre, que á los cuarenta años pasados tuvo el extraño capricho de hacer otro casamiento como el que había hecho veinte años antes con un jóven pobre.

El maestro hubo de notar estas disposiciones, y se felicitó en el alma por amor á la riqueza; pero otra reflexion vino á ponerle en breve en un cruel apuro.

Antonia tenia una niña, como hemos dicho ya, y esta que había cumplido diez y ocho años, se aficionó igualmente al maestro.

Eran dos partidos á la vez.

Por una parte una mujer ya entrada en años, no muy bien conservada, pero muy rica; — por otra una jóven encantadora rebosando frescura y gracia, pero sin otra fortuna que la de su madre, que sin duda no consentiría en aquella boda, y no daría nada si su hija se casaba sin su permiso.

Por ambos lados había ventajas é inconvenientes, y el maestro vacilaba.

Estaba enamorado de la jóven, mas lo estaba tambien de la fortuna de la madre.

Pero esta no estaba para perder tiempo.

Usando del privilegio que le daba la superioridad de años y de posicion, tomó la iniciativa y entabló de lleno la cuestion del matrimonio una mañana que se paseaba por su jardin con el maestro.

La escena tenia lugar á fines del otoño último en la casa de campo de Antonia.

A pesar de la turbacion que le causó el ataque, el jóven maestro tuvo bastante presencia de ánimo para eludir una respuesta inmediata.

Se mostró sorprendido, radiante, loco de júbilo, pero espantado tambien con una felicidad que podia poner en duda su desinterés.

Al pedir un plazo para combatir los escrúpulos de su delicadeza, no se comprometia y ganaba tiempo para sus reflexiones.

Mientras contemporizaba de este modo consigo mismo bajo las apariencias mas honrosas, la viuda prolongaba su residencia en el campo, pues queria concluir el asunto antes de regresar á Paris.

Así estaban las cosas cuando llegó un pariente á casa de la viuda. Era este un jóven oficial de marina retirado antes de tiempo despues de haber servido con honra; volvía de Rusia, donde se había comprometido á casarse con una señorita á quien conoció despues de la campaña de Crimea.

Lleno de franqueza y de rectitud, con mucho talento y un carácter tan firme como generoso, el ex-oficial de marina tuvo al siguiente dia de su llegada este coloquio con el maestro :

— Conozco su situacion de Vd. aquí, le dije; no trate usted de disimular, porque seria inútil. Dos personas le hacen á Vd. buena cara, y Vd. titubea entre las dos... Sin embargo, el salir del paso es muy sencillo.

— ¿Cómo?

— Renunciando á los dos partidos y retirándose de aquí como un hombre pundonoroso. La madre es demasiado anciana para Vd. Bajo este concepto debe Vd. evitar que haga una tontería. En cuanto á la hija, es un partido en que no debe Vd. pensar, tendria Vd. que esperar tres años de mayoría, y para entonces el fuego fatuo que ella toma hoy por una pasión profunda, se habría desvanecido completamente. Si no fuera así, tendria Vd. que tomarla sin dote, y esto seria mil veces peor : Vd. nada posee, y ella está acostumbrada al lujo. Su madre, que no la perdonaria jamás semejante locura, se gobernaría de manera que no le quedaria nada, sin contar que Antonia puede vivir cuarenta años mas.

Viendo descubierto su secreto y comprendiendo toda la fuerza de los argumentos que se oponian á su boda con la niña, el maestro, queriendo dominar su apurada situacion, tomó una resolucion repentina.

— Le doy á Vd. mil gracias por sus consejos, le dije, pero se ha engañado Vd. en sus apreciaciones; yo no estoy en el caso de elegir...

— ¡Ah!

— No, señor; amo á Antonia y jamás he pensado en su hija.

— Muy bien, repuso el marino, veo que se decide usted ahora.

— ¿Y aun cuando fuera así?

— Seria demasiado tarde.

— Explíquese Vd.; tiene Vd. un interés directo...

— Nada de eso; yo me voy á casar en Rusia, de modo que no tengo el interés que Vd. se imagina. Pero en cambio soy el protector natural de esas señoras que no tienen ni marido ni hermano; me cabe la honra de ser de la familia, y le declaro á Vd. que no entrará Vd. en ella.

— ¿Usted lo impedirá?

— Sí, señor.

— ¿De qué modo?

— Batiéndome con Vd., y será un duelo á muerte, pues no se casará Vd. ni con la madre ni con la hija mientras yo viva.

Apenas había salido de un apuro, el maestro había entrado en otro. Debía elegir entre renunciar al matrimonio y un desafío que le presentaba las peores probabilidades.

El marino juró cien veces que estaba dispuesto á llevar las cosas hasta el último extremo, y que si el pretendiente se obstinaba en casarse sin admitir su reto, le haria públicamente uno de esos insultos que estampan en el individuo que los recibe un baldon eterno.

— Sin embargo, añadió el marino, puedo ofrecer á Vd. una compensacion del matrimonio á que aspira y del empleo que le hago perder en esta casa. Una familia rusa de la alta aristocracia me ha encargado la busque y la envíe un maestro francés. En esa familia no hay viuda ni señorita casadera, pero hay un sueldo crecido, y una vez terminada la educacion de los niños, una pension suficiente para que pueda usted pasar con decoro el resto de sus dias. Ofrezco á Vd. esa buena posicion, y decidase Vd. al instante, porque si hoy mismo no sale Vd. de aquí, le juro que cumpliré mis amenazas.

Bajo la influencia de esta proposicion tan formal como era urgente, el maestro se decidió, y una vez por todas salió de sus apuros. — Al otro dia caminaba para la corte de Rusia.

Antonia y su hija regresaron á Paris, donde durante algunos dias se ha hablado bastante de su aventura.

Concluiremos con una escena que tomamos de un diario judicial, que nos parece bastante curiosa :

Hace pocos dias se presentó en uno de los juzgados de Paris un anciano acusado de mendicidad y vagancia. Tenia una gran barba que le llegaba al pecho, y se le hubiera creído el judío errante á no saberse que no lo era. Declaró llamarse Jorge Ziloer, de edad de 66 años. Entre el juez y él hubo el siguiente diálogo :

P. ¿Cuál es vuestra profesion? — R. Ermitaño. — P. Ermitaño no es oficio. — R. Pues entonces solitario. — P. Tampoco es oficio. ¿Habeis sido condenado alguna vez? — R. ¡She! por cosillas de poco mas ó menos. — P. ¿No recordais qué cosillas fueron esas? — R. No señor. — P. Pues yo las recuerdo : habeis sido condenado quince veces por mendicidad, por robo, por ofensas al pudor, por vagabundo, por falsificacion, por uso ilegal de hábito religioso y por fujado de presición. — R. Puede que sea cierto. — P. ¿No lo recordais? — R. Los viejos tenemos mala memoria. — P. ¿Dónde fuisteis detenido últimamente? — R. En la calle de Creclabarde. — P. ¿Y porqué vestiais de capuchino? — R. Por-

que iba á Jerusalem. — P. ¿Y quién os ha autorizado á vestir así? — R. El señor obispo de Aix. — P. No decís la verdad. — R. Aseguro que pertenezco á la Orden tercera de San Francisco. — P. Perteneceis á la cárcel. El tribunal os condena á dos años de presidio. — R. ¡Pues señor, estoy fresco!... — Callad y retiraos, exclamó el juez dando por terminado el interrogatorio.

MARIANO URRABIETA.

El imperio de Marruecos.

(Segundo artículo. — Véase el número anterior.)

EL EJÉRCITO DE MARRUECOS. — LLEGADA DEL MATERIAL DE SITIO DELANTE DE TETUAN. — OTRA VISTA DE TANGER. — FEZ Y MOGADOR.

Como ofrecimos en el primer artículo, vamos á dar aquí algunos detalles acerca del ejército marroquí, de su organizacion y modo de pelear, detalles que encontramos en una carta de Ceuta de fecha reciente :

El ejército marroquí está dividido en dos clases : una de rey llamada *almagusen*, que debe considerarse como tropa veterana ó ejército permanente, y la segunda en tropa de los gobernadores ó bajás, que puede conceputarse como una especie de milicia provincial.

Los soldados de rey reciben su plus, haber ó estipendio directamente del emperador, y las milicias de las respectivas ciudades, en especie ó en terrenos de labranza que cultivan ellos mismos y que conservan en usufructo. El ejército de rey ó permanente se eleva desde 16,000 á 24,000 hombres, cuya mayor parte son negros. La fuerza mas numerosa que se ha conocido de esta clase, regularizada en la forma que sus preocupaciones y atrasos permiten, fué en el reinado de Sidi-Mohamed, por los años de 1789, distribuidos en esta forma :

Soldados negros divididos en ocho cáfilas ó regimientos, 22,000. — Ludajes ó árabes del gran desierto, 4,500. — Moros á caballo de varias provincias, 5,500. — Total, 32,000.

Estas fuerzas pueden aumentarse en tiempo de guerra hasta el número que se considere conveniente con relacion á su poblacion de ocho millones de habitantes, haciendo el llamamiento de las milicias del país y de la caballería de los árabes y de los beduinos. En casos de alarma, arrebato ó guerra suele tomar parte tambien la gente útil de las ciudades, porque todos están armados desde que tienen fuerza para manejar la *espingarda*, y suelen alternar con perfecta igualdad en el servicio con los soldados de rey y milicias, pero sin que se les obligue á salir del distrito : estos se mantienen por su cuenta y se proveen ellos mismos de municiones, denominándose y reuniéndose en kabilas.

Los moros de rey forman la guardia del emperador; reciben cada año sus prendas de vestuario, que consisten en dos camisas y dos pares de *zarwil*, un caftan de paño encarnado y un *sirthen* turquesco, teniendo de haber diario desde una mozuna hasta diez, que equivale desde uno á cinco reales; además se les da el fusil, que lo tienen la mayor parte, y bolsas para las municiones.

Los negros de la guardia del emperador componen una milicia dedicada principalmente á la defensa de la persona del sultan y á la custodia de sus palacios y tesoros; llena en Marruecos la misma mision de confianza que en las cortes europeas se encargaba antes á las tropas extranjeras.

Los negros de la guardia son, en su calidad de esclavos, la propiedad del sultan mientras viven.

Traidos en temprana edad desde los confines del gran desierto, olvidan completamente su patria y sirven con gran fidelidad y abnegacion completa á su nuevo amo y señor. Se dividen bajo el nombre de *bokaris* en dos cuerpos, el uno á pié y el otro á caballo, y sus residencias habituales son las ciudades imperiales de Fez, Mequinez y Marruecos.

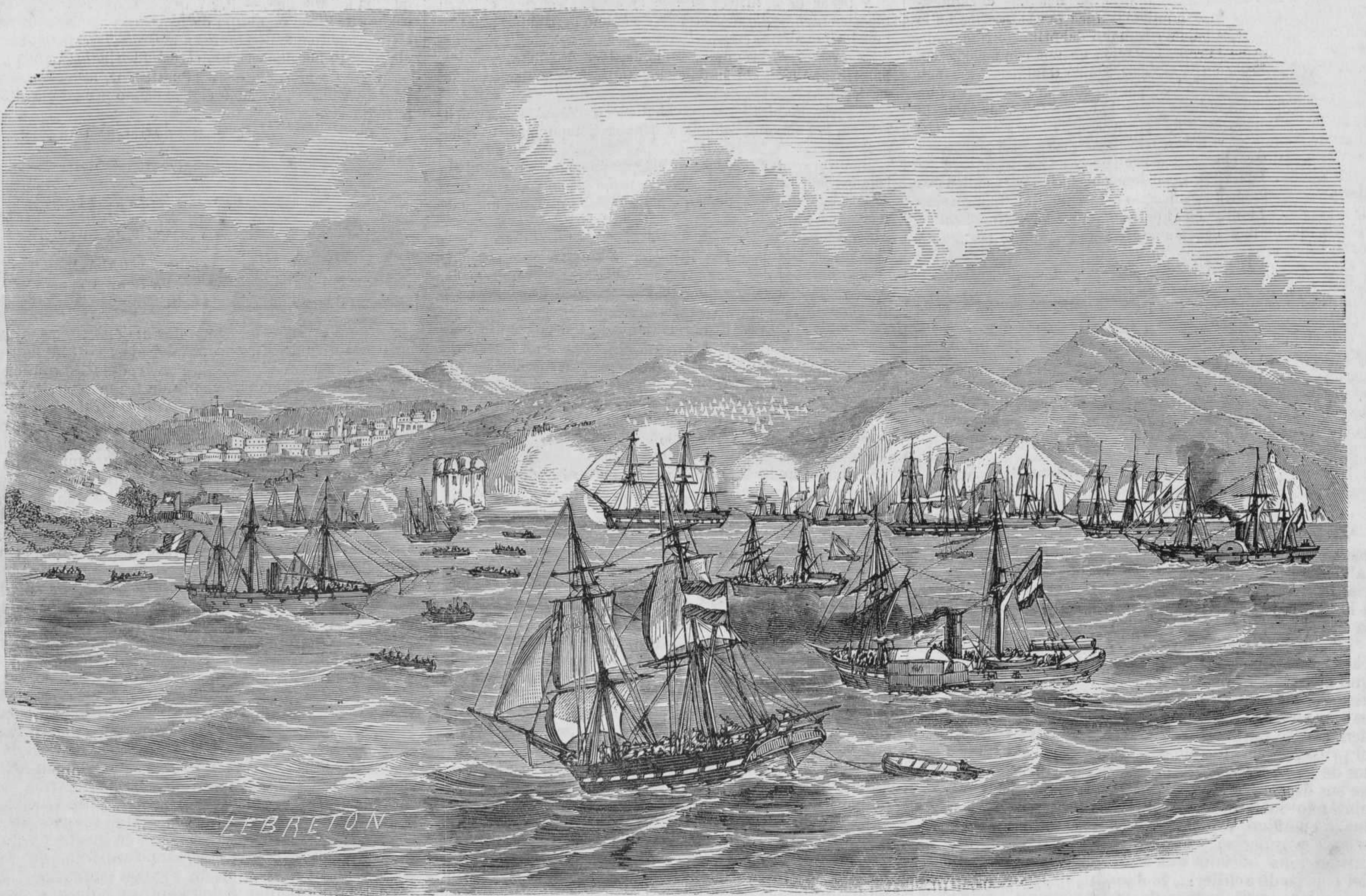
Hay sin embargo en cada provincia cierto número de estos soldados á las órdenes de cada bajá, y enviados por el sultan con el motivo aparente de sostener la autoridad de sus delegados, pero con la mision secreta de vigilar sus actos. Son generalmente de grande estatura y mas robustos y adiestrados que los árabes; obtienen, por mérito ó por favor, ascensos en la milicia y altos cargos en la administracion.

Aunque su religion primitiva no sea precisamente la ley de Omar ó de Ali, abrazan el islamismo al llegar al maugreb, y no solo constituyen la mejor tropa del imperio, sino que sin la ayuda de esta guardia pretoriana, difícilmente sostendria el sultan la autoridad absoluta y la tiranía cruel que ejerce sobre sus miserables súbditos.

Tienen algunas utilidades, porque acompañan á los cónsules y escoltan á los viajeros que lo piden. El emperador suele hacerles algunos regalos, particularmente á sus mujeres, sobre todo cuando circuncidan á sus hijos.

Cuando se emprende alguna campaña se reúne todo el número sobrante de las guarniciones de esta clase de tropas, y se da á cada soldado desde diez á veinte duros, y unos cuatro ó seis á sus mujeres, por premio de haber ó paga por todo el tiempo que duré la guerra.

Se previene á los bajás que saquen el número que prescriben de milicias, los cuales ordenan á cada *waque de aduar*, que llamen uno por cada diez jaimas ó tiendas, cuando el contingente de la provincia es de mil hombres; y de cinco por cada diez, si el pedido es de



GUERRA DE AFRICA. — LLEGADA DEL MATERIAL DE SITIO DESTINADO CONTRA TETUAN.

cinco mil, girándose en esta proporción el número del alistamiento, hasta disponer de todos los hombres útiles para pelear. Si faltan hombres del contingente pedido á una provincia, lo suplen las demás, porque hay que cubrir la fuerza pedida colectivamente; pero en cambio abona la provincia á quienes faltan hombres, veinte pesetas por cada uno. Algunas veces suele el sultán suplir esta cantidad, pagándola de su tesoro en el acto de recibir las armas.

Cuando el pedido de hombres no es general, las provincias que resultan exceptuadas, ya por distancia del teatro de los acontecimientos ú otras causas, pagan veinte pesetas por cada individuo que debieran haber alistado, generalizando el alistamiento, cuya suma suelen ampliarla si dura la guerra. Tienen la obligación los pueblos de surtir á los alistados ó provinciales de armas, pólvora, caballos y otros menesteres, con la obligación de cultivar las tierras y guardar los ganados de los soldados ausentes.

Al formarse grandes ejércitos, el bajá ó gobernador manda las fuerzas en cada provincia, quedando á su cargo el proveerlas de municiones y víveres.

Los soldados del emperador ó de rey viven siempre sobre el país ó provincia donde van á hacer la guerra. Los *mocademes*, que vienen á ser como nuestros coroneles, siguen en el mando ó gerarquía á los bajás, y después de estos los alcaldes ó especie de comandantes, que mandan desde 25 á 300 hombres.

El que manda 2,500 soldados se llama *caid-el-jamsi*, que viene á ser jefe de brigada con cinco batallones de á 500 individuos.

El generalísimo del ejército es el sultán, y por ausencia uno de sus hijos, ó algun príncipe de su familia.

El soldado marroquí suele ser generalmente bien tratado por su jefe. Es sumiso, obediente y resuelto; tiene además la voluntad y ardimiento que le imprime el fanatismo religioso. Es diestro, y generalmente buen tirador á pié y á caballo, lo que se explica por su afición decidida á las armas, que manejan con toda libertad desde pequeños.

La raza de los *Xiloes* da excelentes soldados de caballería, y es la que generalmente forma el nervio de sus fuerzas.

Cuando se da una batalla, la caballería se divide en dos partes iguales, con el objeto de formar las dos alas del ejército, y suele desplegarse en forma de media luna, para que la infantería, si es que asiste, ocupe el centro. Al dar la señal de acometida, se recita con la mayor devoción algun versículo del Alcoran, se grita furiosamente el *la ilah ela ilah*, que se va repitiendo con los mayores aullidos, y se embiste furiosamente al enemigo.

Si hay serenidad para resistir el primer ímpetu de estas turbas mal ordenadas, y se consigue desorganizarlas por medio de evoluciones rápidas y los disparos de la artillería, fácilmente se desordenan, vuelven las espaldas, y una vez dispersas no son fáciles de reunirse.

Carecen de artillería diestra é instruida, y no conocen la táctica del movimiento regularizado de las masas. Como se ve, su modo de pelear es todo de ímpetu, de valor material, sin arte y momentáneo. Son tan dies-

tros para armar celadas, como precavidos para conocer y rehuir las emboscadas y lances en que se les quiera comprometer.

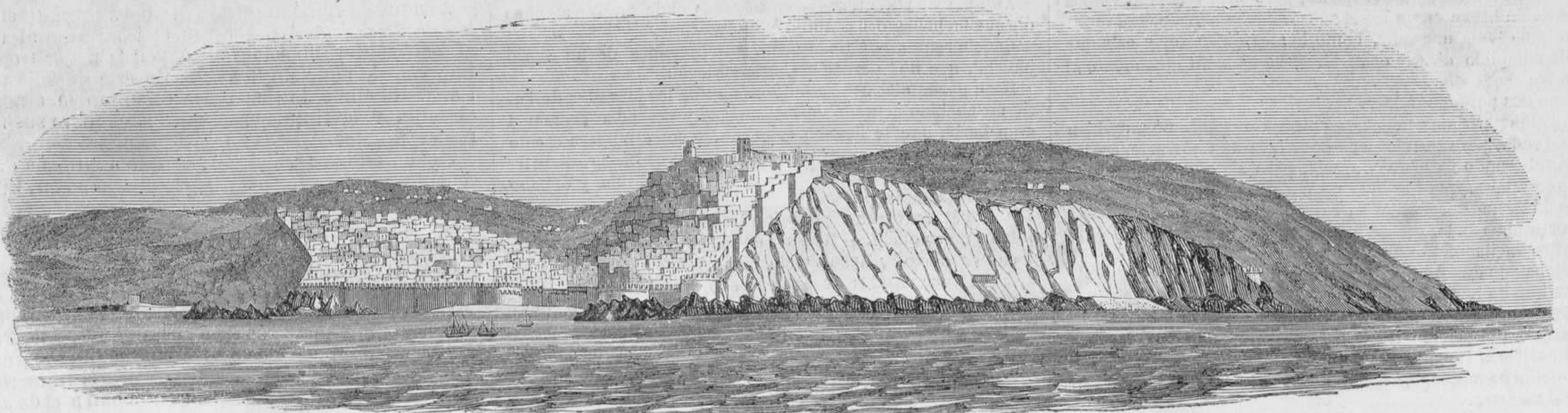
Cuando al principio alcanzan alguna superioridad sobre el enemigo se hacen temibles, pero desmayan muy pronto si son recibidos con serenidad y rechazados, como hombres que no tienen mas que valor personal y que en sus derrotas ven el fallo de la fatalidad. Se conforman muy pronto, porque son tan resignados como lo determina su código civil y religioso.

Este es el ejército con quien combaten en el día las tropas españolas. No puede determinarse su número, porque no se sabe qué contingente habrá pedido el emperador á las provincias. En la de Tetuan y Tánger habrá sido de todos los que pueden manejar las armas, porque como se ha dicho, los provinciales de las demás no salen de las suyas respectivas.

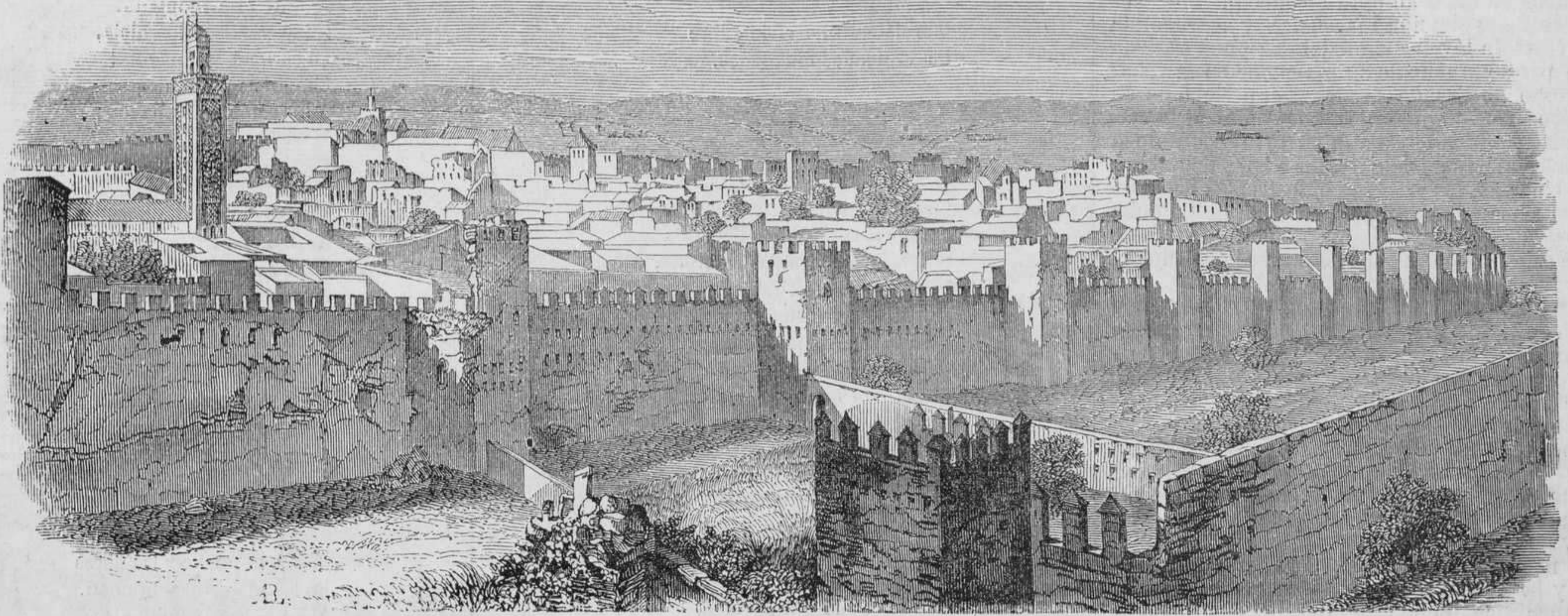
Los soldados de rey que tenía el emperador antes de la guerra parece eran unos 20,000 hombres.

Digamos ahora cuatro palabras sobre un dibujo de actualidad que intercalamos en estas páginas, y es el desembarco del material de sitio destinado contra Tetuan. El autor de este dibujo escribe con fecha 30 de enero del valle de Tetuan, lo siguiente:

« Tenemos ya desembarcado en la Aduana la mitad del tren de sitio, y entre hoy y mañana quedará desembarcado el resto, ó cuando menos todo lo que se necesita. En pocos minutos, y resguardado todo por el reducto y trinchera construidos en dicho sitio, vi disponer con admirable orden grandes pirámides de balas, bombas y granadas, lo mismo que los morteros y las



VISTA DE TANGER.



VISTA DE FEZ.

piezas de grueso calibre que han de vomitarlas sobre la plaza enemiga. Se ha improvisado pues junto á la ría un bello parque, cuya vista no dará mucho placer á los vecinos mauritanos acampados en las alturas de la torre Kelery.

» El distinguido cuerpo de artillería ha trabajado para conseguir este pronto resultado de una manera que ha arrancado unánimes elogios á todo el ejército, desde el general en jefe hasta el último soldado. Y no es solo en esta ocasion cuando tan brillante cuerpo ha demostrado tanta abnegacion y tanto patriotismo como el primero, porque ya batiéndose, como los regimientos de linea, cosa á que no se le debe sujetar, á pesar de sus deseos, sino en casos de necesidad suprema, ya abriendo instantáneamente comunicaciones bajo el fuego enemigo, repetidas veces ha demostrado el excelente y generoso y levantado espíritu que anima lo mismo á los oficiales que á los soldados. Y lo que digo del cuerpo de artillería, lo digo con el mismo entusiasmo y con igual justicia de los ingenieros, codiciosos del trabajo, ávidos siempre de terminar pronto y bien las delicadas obras de fortificacion que se les encargan.»

Concluimos este segundo artículo con las descripciones de Fez y Mogador cuyas vistas acompañan :

FEZ, capital de provincia y residencia del caid ó gobernador, á 68 leguas N.-E. de Marruecos; está situada en lo interior de un valle abierto al N. y al N.-E., y cerrado en las demás direcciones por colinas cuyas cumbres cubiertas de naranjos, limoneros, etc., presentan

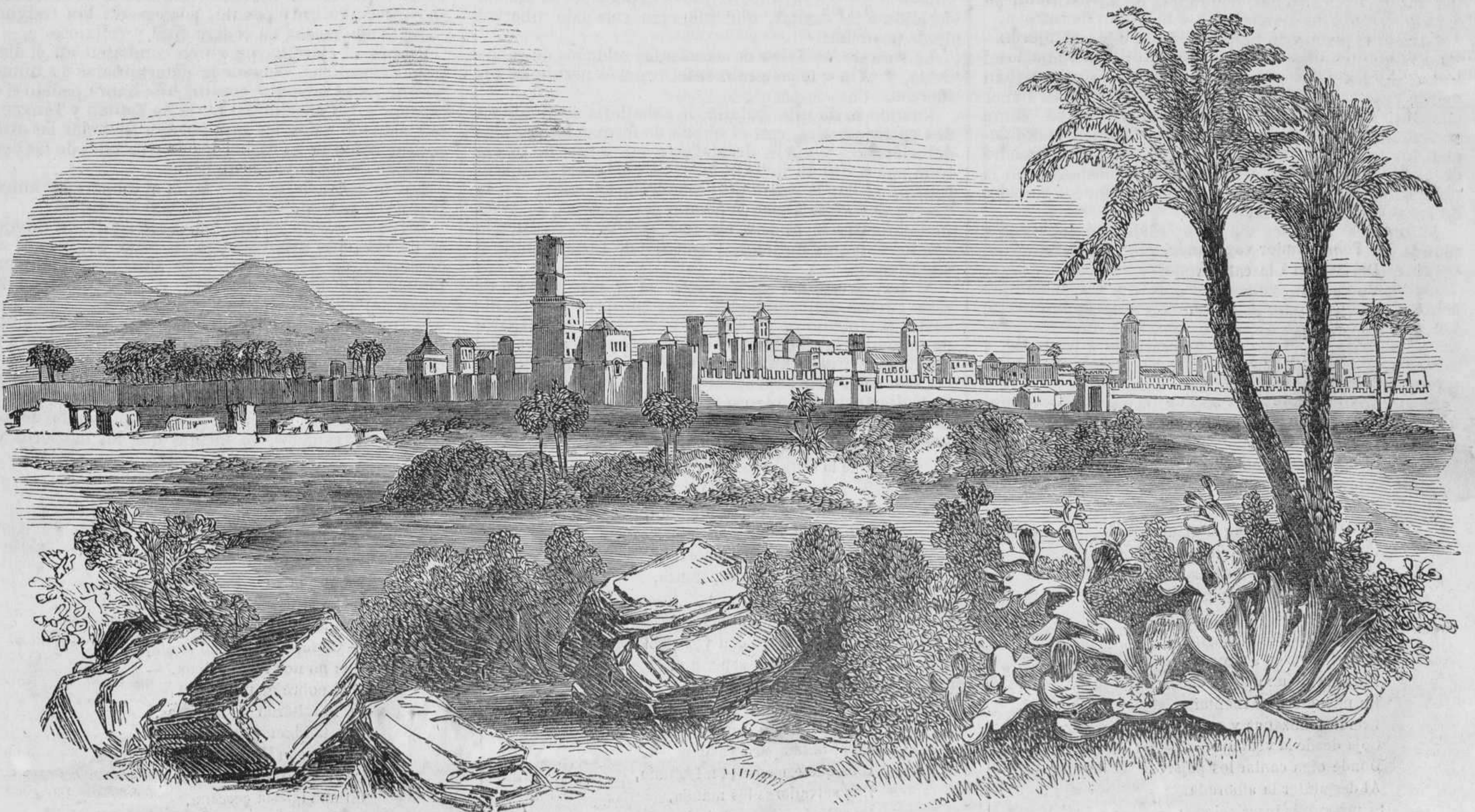
un agradable punto de vista; atraviésale el Fez, afluente del Sehu, dividiéndose allí en dos brazos que surten de agua á las casas, mezquitas, muchas fábricas y varias fuentes públicas de la ciudad. Circúyela un extenso muro flanqueado de torres, y la divide en ciudad antigua y moderna al E. y al O. sobre dos alturas; hay dos antiguos fuertes de poca defensa. La parte antigua es la mas grande y baja; sus calles son estrechas y sombrías; las casas muy altas y construidas de ladrillo, de piedra ó de tapia, rematando en terrados ó azoteas, están bien adornadas y casi todas tienen algibes.

La moderna Fez, fundada en el siglo XIII, está separada de la antigua y ocupa una posicion mas elevada, tiene mejor caserío y está adornada de magníficos jardines; sus edificios mas notables son el palacio del Sultan, el cual raras veces reside en él, los baños y otros. Los judíos ocupan un barrio separado que se cierra de noche, y en el cual hay una sinagoga. Esta ciudad ha sido considerada en todos tiempos como sagrada; contiene muchas mezquitas, y entre ellas la principal es la llamada el Carubin, que es el edificio mas vasto y suntuoso de su especie en Africa: la mas notable despues de esta es la de Muley Edris; hay además muchos baños públicos, hospederías, varios hospitales, uno de ellos para dementes.

Sus mercados están bien surtidos de toda clase de comestibles. Esta ciudad, á pesar de haber perdido su antigua reputacion literaria, conserva todavía algunas

escuelas, en las cuales se enseña la doctrina del Coran, la gramática, la lógica y la astronomía, y las mas importantes de estas escuelas están establecidas en las dos mezquitas principales. La industria de Fez es bastante activa; fabricanse varias telas de seda y tejidos de lana, tafletes encarnados de superior calidad, gorros encarnados de fieltro, hermosas alfombras, lienzos caseros, loza, armas, joyas, platería, monturas y varios utensilios de cobre. Cada gremio ocupa una calle separada. Además de la multitud de tiendas que hay en la ciudad, se hallan otras muchas en la Alcaicería, en las cuales se encuentran todos los productos de Europa, de Levante y del interior del Africa. La Alcaicería es una especie de feria perpétua, concurrida de los habitantes de los países comarcanos y de muchos extranjeros. Esta ciudad comercia con el interior de Africa, y todos los años, en los meses de marzo y octubre, salen de ella dos caravanas para Timbuctu. Su poblacion, segun Aly-bey, es de 100,000 habitantes, entre los cuales se cuentan 2,000 familias judías, y seguramente hay exageracion en el cálculo de Jackson, que le da 380,000 almas.

La ciudad de Fez fué fundada en 783 por un príncipe llamado Edris, y en breve tiempo llegó á ser una de las principales ciudades y capital de los Estados occidentales de los mahometanos. Segun Leon Africano estaba muy floreciente en el siglo XII y se contaban en ella 700 mezquitas, y á ella iban en peregrinacion muchas gentes que no podian hacer el viaje á la Meca. Era



VISTA DE MOGADOR.

generalmente celebrada como centro de las ciencias y de las artes, de las cuales en aquella época los moros eran los únicos que tenían algún conocimiento; sus numerosas escuelas de filosofía, física y astronomía eran concurridas de jóvenes de todos los pueblos. Esta ciudad, que perdió mucho de su esplendor en la época en que el reino de España se vió en el perigeo de su gloria, recobró su primera importancia cuando la caída de Granada, y mucho más aun en 1610, época de la expulsión de los moros de España, los cuales llevaron á este país las ciencias, las artes, la industria y el comercio que habían hecho florecer en los reinos de Córdoba y Granada; pero este estado de prosperidad ha vuelto á decaer desde que uno de los descendientes de Mohamed reunió á Fez y Marruecos bajo su dominio.

MOGADOR, á 32 leguas O. de Marruecos, situada á orillas del Atlántico en país árido y arenisco, está circuida de murallas con baluartes, bien defendida por muchas baterías, en particular por el lado del Océano, en donde sus muros están levantados sobre peñascos que sirven de diques contra el embate de las olas. Vista de la parte del mar presenta un hermoso aspecto, las casas son de piedra y todas están blanqueadas; las calles son generalmente regulares, y los edificios de ellas están bien contruidos; pero hay varias que son estrechas, desaseadas y de mala construcción.

El edificio más notable es el palacio ocupado por el gobernador y la Aduana. El puerto está formado por una isla de media legua de circunferencia, situada al S. de la ciudad; en baja mar solo tiene catorce pies de agua, y los buques grandes se ven obligados á surgir á tres cuartos de legua O. de la larga batería que penetra mucho en el mar. Esta batería, obra de un genovés, es más notable por su buena construcción que por la defensa de que es susceptible. El puerto es el más importante del imperio, y hace un comercio más considerable que todos los demás puertos. Los buques de Europa se dirigen á este puerto con preferencia á los demás á causa de que están más lejanos de la corte, y de que estarían en ellos más expuestos á los vejámenes de los gobernadores. El principal comercio de exportación consiste en granos, almendras dulces y amargas, pieles de cabra, de vaca y de becerro, lanas, plumas de avestruz, cera, aceite de olivas, dátiles, etc. Los europeos importan azúcar, especias, hierro, estaño, plomo, cobre, lienzos, seda cruda, alfombras, cuentas de vidrio y otra variedad de artículos pequeños.

Los puertos con los cuales esta ciudad mantiene más relaciones, son: Marsella, Cádiz, Londres, Amsterdam, Liorna, Lisboa y Tenerife. Población 40,000 habitantes. Las cercanías casi no presentan más que arenas estériles, arrebatadas á menudo por los vientos, y no producen lo necesario para el consumo; así es que esta ciudad tiene que abastecerse de los productos del interior, y hasta el agua que en ella se bebe, es necesario ir á buscar á 1/3 de legua de distancia.

Esta ciudad, á principios del reinado de Sidi-Mohamed, sólo era un castillo poco importante levantado por los portugueses, para que sirviese de apoyo á los establecimientos que tenían en la costa; este castillo había quedado casi abandonado por espacio de un siglo, cuando este emperador fundó en 1770 una ciudad al estilo europeo; fué construida en muy poco tiempo por arquitectos y artífices que mandó venir de Europa, y las inmidades acordadas ó prometidas atrajeron muy pronto á la nueva ciudad una multitud de nacionales y extranjeros.

La guardia civil.

I.

Pobre cantor vagabundo,
Del palacio á la cabaña
Voy solícito buscando
La virtud para cantarla:
Y donde la hallo, la canto
Con el corazón y el alma.
Ni al rico ni al pobre adulo,
Que mi pobreza me basta
Para seguir poco á poco
Por este valle de lágrimas.
Si caigo y un caminante
A levantarme se para,
Poso agradecido el labio
En la mano que me alargan;
Pero no me quejo nunca
De los que de largo pasan.
Mis ambiciones de gloria
Son las de hacer mi jornada
Con la conciencia tranquila,
Con el corazón sin mancha.
Dios me dé una pobre choza
En mis queridas montañas,
Donde manzanas y guindas
Coja desde la ventana;
Donde oiga cantar los pájaros
Al despuntar la alborada.
Si pomposas inscripciones
Mi sepulcro no engalanan,
Alguien dirá: «En esa fosa

Un hombre honrado descansa,»
Y ese es mi único deseo,
Esa mi única esperanza,
Que siempre he vivido libre
De vanidades mundadas.

II.

Luchó iracundo el hermano
Con el hermano en mi patria,
Y allá en los campos benditos
Que fierro y virtudes guardan,
Los que lucharon Caines,
Mansos Abeles se abrazan.
Pero la sangrienta lucha
Dejó sembrada en España
El germen de las pasiones
Rapaces y sanguinarias:
Y gimió el bueno, oprimido
Por la maldad despiadada.
Oyóla Isabel la buena,
La compasiva, la magna,
Y de sus ojos de cielo
Brotaron piadosas lágrimas,
Que se cernió el infortunio
Sobre su cuna dorada.
«Exista, dijo, en la tierra
Bendita, leal, hidalga,
Donde la santa hermandad
Existió en la edad pasada,
Un poder que al bueno sirva
De perenne salvaguardia.
Quiero que ese poder rijas
Tú, noble duque de Ahumada;
Tú que eres buen caballero
Y de gloriosa prosapia;
Tú que eres dos veces noble
Por la cuna y por el alma.»
Un grito de regocijo
Resonó en mi dulce patria,
Y á la voz de Isabel, fué
La guardia civil creada,
Y al verla el pueblo español
Cantó lleno de esperanza:
«¡Viva la guardia civil
Porque es la gloria de España!»

III.

La nieve cubre los puertos,
El helado cierzo brama,
Ruedan desde las alturas
Aludes como montañas,
Está el camino obstruido,
La luz del día se apaga,
Rugen en los matorrales
Las hambrientas alimañas,
Y por todas partes reina
Una soledad que espanta.
¡Pobres de los caminantes
Que prosigan su jornada!
Mas... ¿qué bultos son aquellos
Que en la nieve se destacan,
Y bregan á fin de alzarse,
Y caen apenas se alzan?
Son dos pobres transeuntes
Que han perdido la esperanza
De tornar á sus hogares,
Donde el amor los aguarda;
Donde, mirando si viene
El dulce esposo del alma,
Una mujer está puesta
De pechos á la ventana.
¡Ay miseros transeuntes!
Pronto acabarán sus ansias,
Que la sangre de sus venas
Se paraliza y se cuaja,
Y las fuerzas faltan á ambos,
Y hasta el aliento les falta!
¡Ay miseros transeuntes!
Poned en Dios la esperanza,
Y no dirijais al valle
La moribunda mirada.
— Señor, dicen con voz débil,
Somos la única esperanza
De los seres desvalidos
Que allá abajo nos aguardan;
No permitas que esos seres
En el desamparo yazgan. —
Dios que escucha el infortunio,
Dos salvadores les manda,
Pues luchando con el cierzo
Que entre la nieve los lanza,
Con el pecho jadeante

Y la faz amoratada
Trepan dos guardias civiles
A la fragosa montaña.
¡Si la ventisca los hiela,
La caridad los inflama!
Exánimes y ateridos
A los caminantes hallan;
Y ellos, valientes soldados,
Que en cien sangrientas batallas
Hollaron muertos y heridos
Sin derramar una lágrima,
Ante aquel triste espectáculo
Compasivos las derraman.
A aquellos cuerpos inertes
Calor, abrigo les falta,
Y del glorioso uniforme
Despojándose los guardias,
Exponen su propia vida
Para conservar la extraña,
Nuevos Martines que parten
Con Jesucristo la capa.
El viento arrecia, la nieve
Sepultarlos amenaza,
Cierra la noche y las fieras
En los matorrales braman.
A los pobres caminantes
Toman en hombros los guardias
Cual tomó el buen caballero,
El de la invencible espada,
El Cid, al divino Lázaro,
En la selva solitaria;
Y así cargados, con ellos
Descienden de la montaña
Aquellos sublimes héroes
De la caridad cristiana,
Con el cansancio en el cuerpo
Y la alegría en el alma;
Y al verlos el pueblo grita
Desde puertas y ventanas:
— «¡Viva la guardia civil
Porque es la gloria de España!»

IV.

En una pobre vivienda
Yace en el lecho postrada
Una mujer, tan doliente
Del cuerpo como del alma;
Al lado del pobre lecho
Está pensativo un guardia,
Y tres niños, más hermosos
Que tres luceros del alba,
Suspiran medio dormidos
En un rincón de la estancia.
— Hijos, es ya media noche.
¿Porqué no os vais á la cama?
— Madre, queremos cenar.
— ¿No cenásteis?
— Casi nada.
Queremos más pan.
— Pero, hijos,
¿No veis que no hay más en casa?
— Pues yo quiero pan.
— Y yo.
— ¡Jesus, qué matraca!
No me rompáis la cabeza.
— Tengamos paciencia, Clara.
Mira que si te incomodas,
Te vas á poner más mala.
— ¡Ay Juan! el caso es que tienen
Las pobres criaturas harta
Razón para pedir pan
Y tendrán aun más mañana.
— Pediré á mis compañeros
Para comprar en la plaza,
Y creo me lo darán,
Porque en el cuerpo, á Dios gracias,
Las almas buenas abundan
Y la caridad no falta.
— ¡Pero hemos cansado tanto!
— Los buenos nunca se cansan.
— ¡Ay! estas enfermedades
Son la ruina de las casas.
— Clara, por Dios no te aflijas,
Que no nos faltará nada. —
Y al pobre guardia civil
Se le saltaron las lágrimas,
Que también estaba falto
Su corazón de esperanza.
Después, oyendo las doce
En una iglesia cercana,
Se despidió con un beso
De las prendas de su alma,
Y el servicio de parejas

Poco despues comenzaba.
 Estaban ocho bandidos
 Ocultos en unas matas,
 Y á Juan y su compañero
 Hicieron una descarga;
 Pero los buenos arrostran
 Los puñales y las balas
 Cuando el honor los anima,
 Cuando el honor se lo manda,
 Y lejos de intimidarse
 Acometieron los guardias,
 Y se trabó la pelea
 Aunque desigual, porfiada.
 Seis bandidos entregaron
 Allí á Lucifer el alma,
 Y mientras su compañero
 Al sétimo maniataba,
 Juan maniataba al octavo
 En la arboleda cercana.
 — Cien onzas le doy á usted
 Si consiente que me vaya.
 — Aunque me dé usted doscientas.
 — Muchas tiene usted en casa.
 — Suplico á usted que se calle,
 Pues me ofenden sus palabras.
 — Pero ¿quién ha de saberlo?
 — Mi conciencia, y eso basta.
 — Ande usted delante. —
 Y Juan
 Se une con su camarada,
 Y escoltando á los bandidos
 Entran en el pueblo al alba;
 Circulan de boca en boca
 Las nuevas de aquella hazaña,
 Y el pueblo viéndose libre
 De los bandidos, exclama:
 — « ¡ Viva la guardia civil
 Porque es la gloria de España! »

V.

Feliz el pueblo que puede
 Dormir en la confianza
 De que hay un ángel custodio
 Que le cubre con sus alas.
 Ya reduzcan á cenizas
 Los edificios las llamas,
 Ya la corriente del río
 Las poblaciones invada,
 Ya el infeliz traginero
 Se hunda en simas ó barrancas,
 Ya carezca el caminante
 De alimento ó de posada,
 Ya el puñal del asesino
 Atente á la vida humana,
 Siempre la guardia civil
 Cual la paloma del arca,
 En medio del cataclismo
 Es nuncio de la esperanza;
 Y por eso en todas partes
 Bendiciones la acompañan;
 Por eso Dios la protege
 Cuando al peligro se lanza,
 Por eso la canto yo
 Con el corazón y el alma.

ANTONIO DE TRUEBA.

Pío IX y su enciclica.

El 27 de enero se distribuyó en Roma á los cardenales la enciclica que S. S. Pío IX dirige al clero apostólico y que insertamos á continuación. Al siguiente día S. S. hizo un paseo triunfal por la ciudad de Roma; una multitud inmensa se apiñaba á su paso por las calles y le pedía su bendición. Damos á nuestros lectores el retrato de S. S. copiado de una fotografía que hemos recibido de Roma, con otro dibujo en que se representa al papa por las calles de la ciudad eterna aclamado por la muchedumbre. Hé aquí ahora el texto de la enciclica.

ENCICLICA DE N. S. P. EL PAPA PÍO IX.

A nuestros venerables hermanos los patriarcas, primados, arzobispos, obispos y demás ordinarios de los lugares unidos por la gracia y la comunión con la Sede apostólica.

PÍO IX, PAPA.

Venerables hermanos,
 Salud y bendición apostólica.

No encontramos palabra alguna, venerables hermanos, para poderos expresar todo el consuelo y alegría que en medio de nuestras grandísimas amarguras nos

han causado, tanto el brillante y admirable testimonio de vuestra fe, piedad y adhesión, y la fe, piedad y adhesión de los fieles confiados á vuestra vigilancia, hácia nos y la Sede apostólica, como el acuerdo tan unánime, el celo tan ardiente y la perseverancia en vindicar los derechos de la Santa Sede y en defender la causa de la justicia. En cuanto por nuestra carta enciclica del 18 de junio del año último, y por las dos alocuciones que en seguida pronunciamos en consistorio, supisteis con el alma llena de dolor cuántos males agobiaban en Italia á la sociedad religiosa y á la civil, y cuántos actos audaces y abominables de rebelión eran dirigidos, ya contra los príncipes legítimos de los Estados italianos, ya contra la soberanía legítima y sagrada que nos pertenece, á nos y á esta Santa Sede, respondiendo á nuestros votos y solicitud, os apresurásteis sin dilación alguna y con celo incontrastable á ordenar rogaciones públicas en vuestras diócesis. No os habeis contentado con dirigirnos cartas tan llenas de sumisión y amor, sino que con grande honor de vuestro nombre y vuestro orden, haciendo resonar la voz episcopal, habeis publicado escritos tan llenos de ciencia como de piedad para defender enérgicamente la causa de nuestra santísima religión y condenar los sacrilegos atentados contra la soberanía civil de la Iglesia romana. Defendiendo constantemente esta soberanía, os habeis honrado en confesar y enseñar que por un designio particular de la divina Providencia que rige y gobierna todas las cosas, ha sido dada al pontífice romano, á fin de que, no estando sometido á ningún poder civil, pueda ejercer en todo el universo, con plena libertad y sin ningún impedimento, el cargo supremo del ministerio apostólico que le fué confiado divinamente por Cristo Nuestro Señor. Instruidos por vuestras enseñanzas y excitados por vuestro ejemplo, los hijos muy queridos de la Iglesia católica han adoptado y adoptan todos los medios para demostrarnos los mismos sentimientos.

De todos los puntos del mundo católico hemos recibido cartas cuyo número no puede casi contarse, suscritas por eclesiásticos y legos de toda condición, rango y orden, cuya cifra se eleva á veces á cientos de mil, los cuales, al expresarnos los sentimientos mas ardientes de veneración y amor hácia nos y esta Cátedra de Pedro, y la indignación que les causan los actos audaces realizados en algunas de vuestras provincias, protestan que el patrimonio del Bienaventurado Pedro debe ser conservado inviolable, en toda su integridad y puesto á cubierto de todo ataque. Varios de los signatarios han hecho constar además esta verdad, con mucha fuerza y saber, por medio de escritos públicos. Estas brillantes manifestaciones de vuestros sentimientos y de los sentimientos de los fieles, dignos de todo honor y de toda alabanza y que permanecerán inscritos en letras de oro en los fastos de la Iglesia católica, nos han causado tal emoción, que no hemos podido prescindir en nuestra alegría de exclamar: « Bendito sea Dios, padre de Nuestro Señor Jesucristo, padre de las misericordias y Dios de todo consuelo, que nos consuela en todas vuestras tribulaciones. » En medio de las angustias que nos abruman, nada podía responder mejor á nuestros deseos que ese celo unánime y admirable con que vosotros todos, venerables hermanos, defendeis los derechos de esta Santa Sede, y esa enérgica voluntad con que los fieles que os están confiados abrazan la misma causa. Fácilmente comprenderéis por lo tanto lo mucho que aumenta cada día nuestra benevolencia paternal hácia vosotros y ellos.

Mas mientras vuestro celo y amor admirables hácia nos, venerables hermanos, y hácia esta Santa Sede, así como los sentimientos semejantes de los fieles calmaban nuestro dolor, otra nueva causa de tristeza nos ha venido de otra parte. Esta es la razón porque os escribimos esta carta, para que en cosa de tan grande importancia os sean de nuevo conocidos con toda claridad los sentimientos de nuestro corazón. Recientemente, como varios de vosotros lo han sabido ya, el diario parisiense titulado el *Monitor* ha publicado una carta del emperador de los franceses por la cual ha contestado á una carta nuestra, en la cual habíamos suplicado encarecidamente á S. M. I. que tuviera á bien proteger con su poderosísimo patrocinio en el congreso de Paris la integridad y la inviolabilidad de la dominación temporal de esta Santa Sede, y emanciparla de una rebelión criminal. En su carta, despues de recordarnos cierto consejo que nos habia propuesto poco antes con respecto á las provincias rebeldes de nuestra dominación pontificia, el excelso emperador nos aconseja que renunciemos á la posesión de estas mismas provincias, pues ve en esta renuncia el único remedio para la turbación presente de los asuntos.

Cada uno de vosotros, venerables hermanos, comprende perfectamente que el recuerdo del deber de nuestro alto cargo no nos ha permitido guardar silencio despues de haber recibido esta carta. Sin tardanza alguna nos hemos apresurado á responder al mismo emperador, y con la libertad apostólica de nuestra alma le hemos declarado clara y explícitamente que no podíamos, bajo ningún concepto, adherirnos á su consejo, porque « está erizado de insuperables dificultades, atendida nuestra dignidad y la de esta Santa Sede, así como nuestro sagrado carácter y los derechos de esta misma Sede, que no pertenecen á la dinastía de alguna familia real, sino á todos los católicos. » Y al mismo tiempo hemos declarado « que no podemos ceder lo que no es nuestro, y que comprendemos perfectamente que la victoria que se concediera á los rebeldes de la Emilia sería un estímulo para que cometieran los mismos atentados los perturbadores indígenas y extranje-

ros de las otras provincias cuando viesen el éxito feliz de los rebeldes. » Y entre otras cosas, hemos hecho conocer al mismo emperador « que no podemos abdicar las susodichas provincias de nuestra dominación pontificia sin violar los solemnes juramentos que nos ligan, sin excitar quejas y sublevaciones en el resto de nuestros Estados, sin hacer daño á todos los católicos, y en fin, sin debilitar los derechos, no solamente de los príncipes de la Italia que han sido despojados injustamente de sus dominios, sino tambien los de todos los príncipes del universo cristiano, que no podrian ver con indiferencia la introducción de ciertos principios muy perniciosos. » No hemos omitido observar « que S. M. no ignora por medio de qué hombres, con qué dinero y con qué auxilios han sido excitados y realizados los recientes atentados de rebelión en Bolonia, Ravena y otras ciudades, mientras la inmensa mayoría de los pueblos permanecía sobrecogida de estupor ante estas sublevaciones que de ninguna manera esperaba, y que no se muestra tampoco dispuesta á imitar de ningún modo. »

Y mientras el muy serenísimo emperador pensaba que estas provincias debian ser abdicadas por nos á causa de los movimientos sediciosos que han sido excitados en ellas de vez en cuando, le hemos respondido oportunamente que este argumento no tenia valor alguno porque probaba demasiado, puesto que movimientos semejantes han tenido lugar muy frecuentemente en las regiones de Europa y en otras partes, y nadie deja de ver que no puede sacarse de ello un argumento legítimo para disminuir las posesiones de un gobierno civil. No hemos omitido tampoco recordar al mismo emperador que nos habia dirigido una carta muy diferente de su última antes de la guerra de Italia, carta que nos trajo el consuelo, no la aflicción. Y como en vista de algunas palabras de la carta publicada por el diario precitado, hemos creído tener motivo para temer que vuestras provincias rebeldes de la Emilia fuesen consideradas como distraídas de nuestra dominación pontificia, hemos rogado á S. M., en nombre de la Iglesia, que teniendo en consideración su propio bien y utilidad, hiciera desvanecer completamente nuestro temor. Conmovid por la paternal caridad con que debemos vigilar la salvación eterna de todos, hemos recordado á su espíritu que todos tendrán que dar un día cuenta estrecha ante el tribunal del Cristo y sufrir un juicio muy severo, y que por eso mismo debe cada uno hacer enérgicamente lo que de él depende para merecer mas bien la acción de la misericordia que la de la justicia.

Tales son, entre otras, las cosas que hemos respondido al muy grande emperador de los franceses. Y hemos creído deber daros comunicación de ello, para que vosotros primero, y todo el universo católico, sepais cada vez mas que mediante Dios y en cumplimiento del deber que nos impone nuestro gravísimo ministerio, intentamos todo sin miedo, y no omitimos ningún esfuerzo para defender valerosamente la causa de la religión y de la justicia; para conservar íntegro é inviolado el poder civil de la Iglesia romana con sus posesiones temporales y sus derechos que pertenecen al universo católico entero, y en fin, para garantir la justa causa de los demás príncipes. Apoyado en el auxilio de Aquel que dijo: « Sereis oprimidos en el mundo, pero tened confianza, yo he vencido al mundo (JUAN, XVI, 33), » y « Bienaventurados los que padecen persecución por la justicia (MAT., v. 10), » estamos dispuestos á seguir las huellas ilustres de nuestros predecesores, á practicar sus ejemplos, á sufrir las pruebas mas duras y amargas, y aun á perder la vida antes que abandonar de manera alguna la causa de Dios, de la Iglesia y de la justicia. Pero fácilmente podeis adivinar, venerables hermanos, cuán amargo dolor nos abrumba al ver la horrible guerra que con gran detrimento de las almas aflige á nuestra santísima religión y qué tormenta agita á la Iglesia y á esta Santa Sede. Tambien podeis comprender fácilmente cuánta es nuestra angustia cuando sabemos cuál es el peligro de las almas en las provincias rebeldes de nuestra dominación, en las cuales se conmueven cada día mas deplorablemente la piedad, la religión, la fe y la honestidad de las costumbres. Vosotros, venerables hermanos, que habeis sido llamados á compartir nuestra solicitud y que habeis demostrado con tanto ardor vuestra fe, constancia y valor en defensa de la causa de la religión, de la Iglesia y de esta Sede apostólica, continuad sosteniendo esta causa con ánimo y celo mayores todavia; inflamad cada día mas á los fieles confiados á vuestra vigilancia, á fin de que, bajo vuestra dirección, no cesen de dedicar todos sus esfuerzos, su celo y la aplicación de su espíritu á la defensa de la Iglesia católica y de esta Santa Sede, así como al mantenimiento del poder civil de esta misma Sede y del patrimonio de san Pedro, cuya conservación interesa á todos los católicos. Os pedimos principalmente y con las mas vivas instancias, venerables hermanos, tengais á bien, en unión con nos, dirigir sin descanso, así como los fieles confiados á vuestra solicitud, las plegarias mas fervientes al Dios óptimo para que refrene los vientos y la mar, nos asista con su auxilio mas eficaz, proteja á su Iglesia, se levante y juzgue su causa; para que en su bondad ilumine con su gracia celestial á todos los enemigos de la Iglesia y de esta Sede apostólica, y en fin, para que con su virtud omnipotente se digne atraerlos á los senderos de la verdad, de la justicia y de la salvación. Y á fin de que, invocado Dios, incline mas fácilmente su oído á nuestras súplicas, á las vuestras y á las de todos los fieles, pidamos primero, venerables hermanos, los sufragios de la Inmaculada y Santísima Madre de Dios, la Virgen María, que

es la madre amantísima de todos nosotros, nuestra esperanza mas fiel, la protección eficaz y la columna de la Iglesia, y cuyo patrocinio es el mas poderoso cerca de Dios. Imploramos tambien los sufragios del Bienaventurado Principe de los apóstoles, á quien el Cristo, Nuestro Señor, estableció por piedra de su Iglesia, contra la cual jamás podrán prevalecer las puertas del infierno; imploramos igualmente los sufragios de Pablo, su hermano en el apostolado, y en fin, los de todos los santos que reinan con el Cristo en los cielos. Conociendo, venerables hermanos, vuestra religion y el celo sacerdotal que os distingue eminentemente, no dudamos os apresurareis á conformaros á nuestros votos y peticiones. Y entre tanto, por prenda de nuestra caridad ardentísima hácia vosotros, os concedemos con amor y desde el fondo del corazón á vosotros mismos, venerables hermanos, y á todos los clérigos y fieles legos confiados á los cuidados de cada uno de vosotros, la bendición apostólica unida al deseo de toda verdadera felicidad.

Dado en Roma, cerca de San Pedro, el 19 de enero del año 1860, décimocuarto de nuestro pontificado.



S. S. PIO IX.

LA CIUDAD

de San Francisco

(CALIFORNIA.)

Es digno de observarse que desde hace ocho años el comercio de los Estados Unidos se ha aumentado segun las últimas estadísticas, de 140 á 150 por 100, y este impulso dado al comercio proviene en gran parte del descubrimiento del oro en la California, así como el aumento del comercio en

Inglaterra puede achacarse al descubrimiento del oro en la Australia. Al tender la vista por un mapa del Pacífico y las comarcas que bañan sus aguas, se nota in-

mediatamente la importancia de la posición de la California; cuya capital, San Francisco, se halla situada de un modo privilegiado para los negocios. Casi todo el comercio de las cos-

tas del Oeste de América, del Norte al Sur, así como el interior en un radio de 800 leguas, pasa por San Francisco. Como ese inmenso terreno abraza no solo la California sino tambien el

Oregon, Washington, Utah, la Colombia inglesa, el Canadá del Oeste, las posesiones rusas del Pacífico, la baja California, el Norte de Méjico y la Sonora, á medida

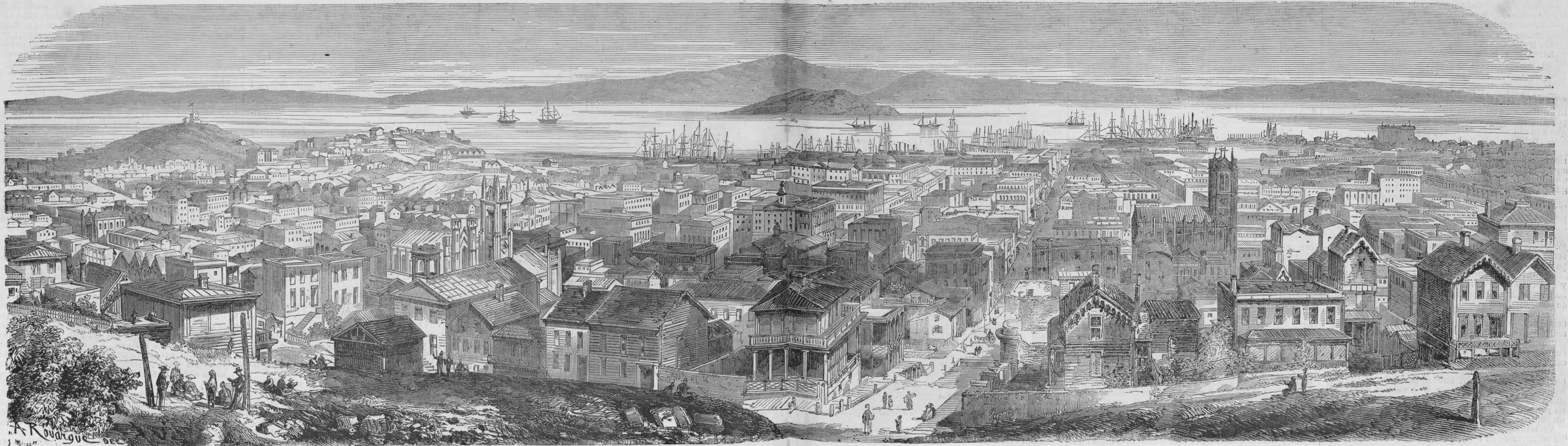
tres veces, ha sido reconstruida otras tantas veces. Hoy la mayor parte de las casas son de ladrillo y están á prueba de incendios; además hay veinte compañías



PASEO TRIUNFAL DEL PAPA EN ROMA EL 28 DE ENERO DE 1860.

que esas comarcas vayan conociendo mejor sus recursos recíprocos, su comercio entre ellas y la California se aumentará considerablemente. Se puede decir que San Francisco es el mercado mejor abastecido de toda la costa del Pacífico; al otro lado de ese Océano se hallan los grandes imperios de China y del Japon. Ya existen comunicaciones directas y frecuentes entre la China y San Francisco; el tráfico de mercancías y pasajeros chinos es bastante importante; el imperio del Japon que ha abierto sus puertos á los buques americanos, ha enviado tambien buques cargados de mercancías japonesas que se han vendido perfectamente en San Francisco, y es probable que dentro de poco los negocios con esas comarcas tomarán una importancia muy grande. Las relaciones con las islas Sandwich son igualmente satisfactorias; casi todas sus provisiones y las de sus buques balleneros se sacan de San Francisco; por último, la Australia importa cada año galleta, grano, harina, y sobre todo maderas de construcción, que están en la California mas baratas que en Inglaterra.

La inmensa ventaja que posee San Francisco como ciudad comercial por su admirable posición geográfica, será mejor apreciada en lo sucesivo. Su puerto es uno de los mayores y mas hermosos que hay en el mundo; su entrada Golden-Gate (las puertas de oro), aunque un poco estrecha es muy segura, y en su magnífica bahía caben los buques de todo el universo. Esta ciudad, que se ha incendiado ya dos ó tres veces, ha sido reconstruida otras tantas veces. Hoy la mayor parte de las casas son de ladrillo y están á prueba de incendios; además hay veinte compañías



LA CIUDAD DE SAN FRANCISCO (CALIFORNIA).—Vista tomada de las alturas de las calles Sacramento y Taylor.

A. Rouart

de bomberos bien organizadas. El clima, si no fuera por el viento excesivo que reina en el verano, sería muy agradable; no hace ni mucho calor ni mucho frío. Todas las religiones (habrá unas quince), tienen iglesias ó templos y están sostenidas por la población que es de unos 80,000 hombres pertenecientes á todas las naciones y á todos los países del mundo. La mano de obra se paga mas allí que en ningún país del mundo; un albañil gana de ocho á diez pesos por día; un carpintero diez pesos, un tahonero sesenta pesos al mes, y un labrador otro tanto. Las lavanderas, criadas, etc., ganan de cuarenta á sesenta pesos al mes con casa y comida. En esta proporción se pagan los demás jornales.

El interés anual del dinero varia entre 18 y 30 por 100 colocado sobre primera hipoteca.

La California posee ya un ferro-carril entre Benicia y Sacramento, y no hay duda que los Estados Unidos emprenderán muy luego el gran ferro-carril del Pacifico. La exportación del polvo de oro no disminuye; se exporta anualmente por 70 millones de dollars. La California posee igualmente minas de mercurio y de carbon y la agricultura no le cede en nada á la de ningún otro país; la viña se da perfectamente, y dentro de pocos años se hará allí el vino necesario para el consumo. Sin embargo, á pesar de todas estas ventajas, la mas bella mitad del género humano falta generalmente en la California; así se ven por las calles en los días de fiesta á las criadas, costureras, lavanderas y cocineras con magníficos vestidos de seda, sombreros muy bonitos, joyas y muchos adornos, y casi todas concluyen por hacer buenos casamientos.

R. V.

EL DOCTOR ANTONIO.

(Continuación.)

— De una enfermedad cuyo término científico no podríais conservar en la memoria; una afección que impide que el estómago se asimile ningún alimento. Como los que padecen esta enfermedad están pidiendo siempre de comer, los habitantes de esta comarca se imaginan que los infelices tienen en el estómago un pájaro que devora todo lo que comen; ¿no os ha dicho eso Speranza?

— Sí; decidme también qué significa ir al monte; frase que Speranza repite muy á menudo.

— Casi todas nuestras parroquias poseen algunos montes que son de un gran socorro para las familias pobres, no solo porque sacan de ellos toda la leña y el forraje que necesitan, sino porque aun ganan algo vendiendo estas cosas necesarias á sus vecinos mas acomodados. Esta tarea de ir al monte le toca á las mujeres. No obstante, es el único trabajo penoso que hacen aquí; esto y la cosecha de aceitunas es la ocupación principal y el recurso de las mujeres. A la falta de sueño y al excesivo cansancio que resultan de estas faenas atribuyo yo las enfermedades y la vejez prematura de muchas de ellas.

— ¿Y la Madona de Lampedusa de que habla Battista en su carta?

— Es un santuario muy venerado y frecuentado por los aldeanos á causa de la imagen de la Virgen, que según la tradición vino milagrosamente á estas riberas de Lampedusa, islote al Sur de la Sicilia. Es un sitio digno de ser visitado; la capilla está edificada en una roca saliente, á la mitad de una montaña escarpada, desde donde se distingue una vista magnífica.

— Me gustaria verla, dijo Lucy.

— Nada mas fácil cuando os halleis en estado de salir; dista no mas que cuatro horas. El establecimiento posee algunos cuartos para los viajeros y los enfermos que van allí á causa del aire que es muy sano.

— ¿Habeis estado vos?

— Muchas veces. Se halla á una hora de Faggia, curioso pueblecillo á orillas del mar y á tres horas de aquí en carruaje. Ayer fuí; á propósito, os he hecho un dibujo... ¿Dónde está?... En alguna parte le he guardado... ¡Ah! en mi sombrero.

— ¡Qué bien hecho está! exclamó Lucy; por vuestro modo de hablar estaba segura de que dibujais perfectamente. ¡Qué bonito pueblo en el flanco de una colina!...

— Me gusta que le admireis... el pueblo, no el dibujo. Me prometo que un día vuestro lápiz le hará mas favor. Pero os dejo, porque de otro modo sería tarde para escribir á Battista.

Al atravesar el jardín Antonio encontró á sir John y se detuvo para decirle, que el sillón cuyo plan le habia enseñado, estaria hecho como deseaban dentro de pocos días.

Sir John reiteró sus gracias y aun se dignó preguntar por el postillon, cosa que hacia siempre que deseaba mostrarse cortés con el doctor Antonio.

Próspero era una especie de terreno neutro en el cual las potencias beligerantes se encontraban pacíficamente.

Antonio respondió que se habia levantado, pero que no podia trabajar aun. Entonces el baron le suplicó hiciera presente á Próspero, que en vista de los buenos informes que él mismo le habia dado, habia resuelto no perseguirle en justicia como se habia propuesto en un principio.

Antonio agradeció la lisonja que le iba dirigida en las palabras de sir John, y respondió que se encargaba con mucho gusto de un mensaje tan benévolo y que debia tranquilizar á Próspero.

En seguida se separaron los dos personajes muy satisfechos uno de otro.

Por la noche Lucy dió á su padre un extracto de la historia del pobre Battista. Le señaló la triste situación actual del pobre marino, y terminó con una petición de fondos para auxiliarle.

Sir John, en realidad tan generoso como rico, rara vez negaba dinero á nadie y menos á su hija. Es verdad que en esta ocasión el dinero pedido no fué la única cosa que recibió Lucy de su buen padre, sino que la suma fué acompañada de una letanía de avisos sobre la necesidad en que ella estaba de informarse de nuevo acerca del verdadero carácter de aquel hombre; pues decia sir John que aquel italiano podia ser uno de esos hombres turbulentos siempre en guerra abierta contra la autoridad establecida, y de los cuales Lucy habia oido hablar en Roma.

¿Cómo sir John habia evocado semejante sospecha hablando de Battista? La culpa la tenia Lucy que en su precipitación para justificar á su nuevo protegido se habia aventurado por un terreno peligroso, y habia dado contra una de las obras avanzadas que defendian el aprobecho del cerebro paterno.

Algunas de las aserciones de Lucy llegaban bastante directas al comandante de San Remo, y aun pretendian ir mas lejos. Sir John se daba por un hombre liberal y siempre dispuesto á admitir la discusión, en tanto que en realidad no podia oír la censura mas ligera contra un gobierno constituido, ni aun contra un funcionario público, sin erizarse como un puerco-espín y sin poner inmediatamente en buen estado de defensa todas las baterías que le guardaban contra la intrusión de toda novedad bajo cualquiera forma que fuese. Las insinuaciones de su hija le habian sorprendido, y principiaba á pensar que en todo aquello podia haber algo de rebelión. Por eso alzando la voz un poco mas que de costumbre cuando hablaba con su hija, terminó su discurso diciendo:

— En cuanto á tus absurdas criticas contra el gobierno, mi querida Lucy, permíteme que te lo diga, y se lo puedes repetir al doctor Antonio de cuya boca supongo que han salido, que un pueblo que posee un buen sistema municipal como el que veo yo funcionar aquí, no debe quejarse mas que de sí mismo por ciertos abusos pasajeros como los hay en todas las sociedades.

Era esta una de las sentencias favoritas que sir John tenia en reserva, y que soltaba en ciertas ocasiones que queria producir efecto. ¿Qué motivo tenia sir John para creer que el sistema municipal que funcionaba en Bordighera era excelente? Nos sería imposible decirlo, en atención á que el digno baron nunca se habia tomado el trabajo de informarse de ello.

Lucy, que mas de una vez se habia sentido ajada en el curso de aquella conversacion, no opuso al discurso de su padre mas que un silencio respetuoso, medio mas seguro quizá para calmar la irascible susceptibilidad del baron que toda especie de respuesta que hubiera podido aventurar aun en los términos mas cariñosos.

Tampoco juzgó oportuno repetir las palabras de su padre al doctor Antonio, cuando este llegó muy alegre al otro día con la noticia de que habia encontrado al hombre que buscaba, que por la suma convenida se comprometia á reemplazar á Battista, y estaba dispuesto á embarcarse para Génova.

Los ojos de Lucy pintaron mejor que sus palabras su gratitud cuando entregó al doctor el dinero que debia depositarse en manos del cónsul inglés en Génova. Entrambos rebotaban de júbilo con la felicidad que preparaban á los otros, y hasta sir John pudo felicitarse aquel día; pues todos los gobiernos y todos los sistemas municipales de la tierra fueron generosamente olvidados.

X.

EN EL BALCON.

La silla larga imaginada por el doctor Antonio llegó en fin, y sir John, despues de haberla probado, manifestó que era la silla mas cómoda del mundo.

Otros varios objetos destinados á figurar en el gran suceso del día, y entre los cuales se hallaba una caja con todo lo necesario para el dibujo, que habian llegado de Niza, estaban dispuestos el primer día del mes de mayo, para la sorpresa que se queria dar á miss Davenne.

En ese día á eso de las doce el doctor Antonio penetró en el cuarto de Lucy y la dijo:

— Preparaos para una gran sorpresa.

— ¿Qué puede ser? exclamó Lucy.

Y mirándole fijamente, pareció que leia en su fisonomía la solución del misterio, pues se puso muy encarnada y añadió:

— ¿Voy á levantarme?

— ¡Brava! exclamó Antonio, habeis adivinado. Sí, os vais á levantar, pero con la condicion de que habeis de someteros á una infinidad de recomendaciones y de restricciones insostenibles. Saldreis de la cama para tenderos tranquilamente en el largo sillón que van á entrar Rosa y Speranza, y debeis abandonaros pasivamente á ellas y á miss Hutschin que os va á vestir. ¿Lo tomáis como un chasco? añadió viendo que desaparecia el bonito colorido de sus mejillas; quisiera poder hacer mas en vuestro favor, pero es imposible.

Lucy habria debido tener un corazón mas duro que el que tenia para resistir al tono penetrado y á la mirada del italiano. La ligera nubecilla que un momento

oscureció su rostro fué reemplazada por una sonrisa.

— Soy muy ingrata, dijo, perdonadme.

Y le tendió una mano, una manita tan encantadora, que Antonio tuvo ardientes deseos de besarla; pero se contentó con guardarla un segundo entre las suyas.

Una hora despues sir John, muy alegre, ayudaba á rodar la silla en donde estaba Lucy de la sala al balcon de que hemos hablado varias veces. En el balcon se habia levantado una tienda para resguardar á la jóven de los rayos del sol.

— ¡Qué hermoso! ¡qué hermoso! exclamaba la jóven mirando con ansia en su derredor. ¿Cómo habeis podido pensar un solo instante, añadió volviéndose hácia Antonio, que mi imaginacion me hiciera ir mas allá de esa realidad? Ni la imaginacion de un poeta en sus sueños mas exaltados podria evocar tales maravillas.

— A decir verdad, repuso el doctor, yo no temia que os llevarais chasco. Aunque siciliano en el alma y admirador entusiasta de mi isla natal, convengo en que la escena que tenemos delante no le cede á ninguno de los puntos mas ponderados de la Sicilia.

— ¡Qué sello tan oriental dan esas palmeras que se columpian á la colina de Bordighera! Se diria que estamos en Asia, exclamó Lucy.

Era con efecto un espectáculo asombroso. Enfrente se extendia hasta perderse de vista la mar tersa como un espejo y adornada con los matices mas variados; aquí brillaba al sol como un diamante inmenso, allí extendia los caprichosos pliegues de su blanca túnica de espuma.

Sobre ese fondo se destacaba vigorosamente un grupo de pescadores con gorros encarnados y cinturones rojos que sacaban sus redes á la orilla acompañándose á cada tiro con un canto lastimero que el eco de la montaña repetia mas débil y mas suave.

A la derecha hácia el Oeste la cinta plateada del camino serpenteando por entre casas diseminadas y bosquecillos de naranjos y de palmeras, guiaba el ojo hácia el promontorio de Bordighera, esmeralda gigantesca que cierra el horizonte; allí en un estrecho espacio que recrea la vista se distinguen todos los matices del color verde. Las palmeras con sus copas doradas por el sol y el pié de sus troncos en la sombra, columpiaban graciosamente sus gloriosos penachos por entre los cuales se destacaba el elegante campanario del pueblo.

Al Este la costa se abre en una curva graciosa, y luego inclinándose ligeramente hácia el Sur, se pierde poco á poco en el horizonte lejano del mar. De tres puntos de esa vasta media luna donde duermen las olas, se elevan tres cabos escalonados unos detrás de otros, todos ellos distintos en color y aspecto.

Dos velas blancas doblaban ese cabo. El paisaje inundado de luz reflejaba su imagen; en la atmósfera trasparente se mecian átomos dorados. Tierra, mar y cielo, confundian sus diferentes matices, como de las notas de un acorde misterioso y grave nace una hermosa armonía.

— Creo que podeis ejercitar vuestro lápiz, dijo Antonio. Dentro de quince días, cuando estéis bien familiarizada con todas las bellezas que ahora se presentan á vuestros ojos deslumbrados, podreis apreciarlas en todos sus detalles.

— Eso estoy haciendo ya, respondió Lucy.

— Sí, pero lo hareis mejor dentro de algunos días, repuso Antonio. La percepcion de lo bello llega gradualmente, no es una revelacion instantánea; no solo pide tiempo sino estudio. Sucede lo mismo con un paisaje como este que con una sinfonía. Muchas bellezas de detalle se pueden admirar la primera vez que se oye, pero el enlace de los diferentes pasajes, sus relaciones recíprocas, su concordancia individual con el todo, en una palabra, lo que constituye el conjunto de la obra, no se aprecia debidamente, sino cuando se ha oido muchas veces y con atención.

— Creo que teneis razon, dijo Lucy, que generalmente creia que siempre tenia razon el doctor Antonio. Yo me pregunto, prosiguió, porqué todo lo que tiene un aspecto oriental impresioná tanto siempre. No puedo apartar mis ojos de aquellas palmeras que me hacen pensar á la vez en las cruzadas, en los caballeros y en las escenas de la Biblia.

— La imaginacion toma mucho prestado á la memoria, dijo Antonio, y por consiguiente nos lleva hácia lo pasado. No se olvidan nunca las historias que se han oido en la niñez; son una fuente que jamás se seca del todo en nuestro viaje por las abrasadas arenas de la vida.

— Me gusta mucho Bordighera, exclamó Lucy despues de una pausa.

— Pero sin embargo, observó Antonio, Bordighera os quita una de las vistas mas extensas y grandiosas de la costa de Francia.

— No lo siento, repuso Lucy: un paisaje demasiado vasto distrae mi atención; el cielo y el mar son los únicos espacios grandes que yo contemplo con gusto.

— Teneis un alma de artista, dijo Antonio.

— Quisiera tenerla, respondió Lucy sonrojándose ligeramente.

— Ahora voy á continuar mis tareas de cicerone, dijo con alegría el doctor; ¿veis aquel pueblecillo á la fada de la montaña? Es Spedaletti, que da su nombre al golfo.

— ¡Nombre singular! ¿no quiere decir hospitalillos?

— Sí.

— ¿Y hay en él hospitales?

— No; está habitado exclusivamente por familias de pescadores muy laboriosos. Esta bahía no solo es hermosa, sino que es muy segura. Abrigada al Oeste por

el lado de Bordighera y al Este por esos tres promontorios, el agua siempre está serena y los pescadores de Spedaletti pueden pescar sin riesgo.

— Y aquella otra aldea en la cumbre de la montaña, ¿cómo se llama?

— *La Colla* (la Colina). Es un pueblo muy sano.

— ¿Y aquella mancha blanca que se distingue allá en el último promontorio?

— Es una ermita.

— ¿Cómo se llama?

— *La Madonna della Guardia*, rival de la de Lampedusa, pero con desgracia, pues está eclipsada completamente.

— ¿Todas las ermitas están consagradas á la Madonna?

— Casi todas. La Madonna es la pasión de nuestro pueblo. Por mi parte, confieso francamente mi flaco por ese culto que deifica á la mujer, que hace de ella la vía por la cual la misericordia divina baja sobre las cabezas de los desgraciados. Es el homenaje mayor que se pueda rendir á la excelencia de la naturaleza femenina.

— ¿Pensáis de veras que las mujeres valen mas que los hombres?

— Un sentimiento instintivo me inclina á creerlo así; pero no me lisonjeo de tener suficientemente la experiencia de las mujeres ni la de los hombres para decidir la cuestión *ex-cathedra*. Lo que puedo afirmar es, que de todos los seres de mi especie con quienes mi destino me ha puesto en contacto, el que he encontrado incomparablemente superior, es una mujer.

No pretendemos explicar por qué una aserción semejante que parecía tan propia para satisfacer en Lucy el orgullo de la mujer, la dejó helada de repente y silenciosa. Lo cierto es que ese fué el resultado, y que mucho tiempo despues de haberse despedido el doctor, ella permaneció sentada, indiferente al mar y al paisaje, olvidando los libros y los dibujos, y sumergida en una especie de reflexion melancólica.

¡Pobre Lucy!... La arrancó de sus pensamientos la llegada de sir John que traía una carta en la mano.

Esta carta era de Aubrey, y el capitán anunciaba en ella que había tenido que retardar su marcha por asuntos del servicio. Ignoraba cuándo podría embarcarse; creía no poder hacerlo antes de cuatro meses y prometía escribirsele á su padre.

Lucy recibió esta noticia muy filosóficamente.

— No son mas que cuatro meses, padre mio, y lo que debe consolarnos, es que ahora ya no tenemos tanta prisa para marchar de aquí.

— En suma, respondió sir John, atendidas las circunstancias, podemos decir que esa tardanza nos conviene; muy triste habría sido para mi hijo el no haberlos encontrado en casa á su llegada. Podremos viajar despacio, y detenernos un poco en París.

— ¡Oh! exclamó Lucy; yo no tengo deseos de ir á París; quedémonos lo mas posible en esta hermosa Italia.

— Pero, hija mia, repuso el baron con un movimiento de impaciencia, pues no le gustaban tantos obstáculos á sus planes, deseo que conozcas un poco París, es conveniente. Pasamos tan de prisa el año último, y tú estabas tan enferma, que apenas has podido formar una idea de lo que es.

Y luego al cabo de un instante de reflexion, durante el cual pareció que discutía consigo mismo algun punto importante, añadió:

— Aunque muy inferior á Londres, París es sin embargo una ciudad donde se pueden pasar agradablemente algunas semanas: hay cosas en París dignas de ser vistas...

Pero estaba escrito que este primer día de mayo sería para sir John un día memorable, pues cuando iba á hacer un paralelo entre las dos grandes ciudades, entró el criado á decirle que abajo había un hombre que deseaba hablar al baron.

¿De dónde venía? Ese hombre había pronunciado el nombre del doctor Antonio, y John pensaba, que segun las apariencias, debía ser un tratante de caballos.

— ¡Un tratante de caballos! exclamó el baron.

Y bajó precipitadamente la escalera.

Todo hombre acostumbra como lo estaba sir John á montar á caballo todos los días, y que ha estado privado de su ejercicio favorito durante un mes, comprenderá fácilmente la alegría del baron al ver que le buscaba un tratante de caballos.

Este hombre pasaba á Génova con caballos de venta, *bestie magnifique*, como él decía. La conversacion tuvo lugar en una especie de *lingua franca*, poco inteligible á la verdad, pero que sin ella las partes interesadas no habrían llegado á comprenderse.

No hay para qué apuntar que el doctor había dicho que el baron se alegraría de ver los caballos: estos se hallaban á tan corta distancia, que «sua Excellenza» podía casi distinguirlos.

Y el astuto italiano se levantaba de puntillas y señalaba con el dedo un punto mas ó menos imaginario.

Sea como quiera, lo cierto es que logró llevarse en triunfo á sir John acompañado del criado, que pasaba á los ojos de su amo por un hombre inteligente en cuanto á la raza caballar; y un par de horas despues, con mucha sorpresa y alegría de Lucy, el baron apareció de nuevo bajo el balcon montado en un caballo, si no de bonita apariencia, suave como un carnero.

— Un niño le manejaría, decía sir John que había sentido ya la necesidad de renunciar á los alazanes briosos; obedece al menor movimiento; mira, hija mia.

Y uniendo la acción á la palabra, el baron hizo dar vueltas al animal en todos sentidos, hasta que al cabo Lucy le gritó:

— Basta, basta; os aturdiréis y atontaréis al caballo.

En el mismo instante un mozo con chaqueta de postillon y el sombrero en la mano se deslizó por la puercecilla del jardín y se acercó á sir John, que inmediatamente apretó las riendas.

Era Próspero que acudía humildemente en aquel día memorable á pagar su tributo de reconocimiento al generoso baron. Aunque Próspero hablaba una jergonza que no presentaba sentido ninguno en los oídos de sir John, había en la voz y en los ojos del pobre joven algo que le hacia comprender lo que quería decir, tan claramente como si le hubiera hablado en el inglés mas correcto.

El cutis pálido y la magrura del pobre postillon presentaban á su simple elocuencia un enérgico apoyo.

Sir John se conmovió, y para ocultar su emocion comenzó inmediatamente con aire de mal humor una letanía sobre los deberes de los postillones respecto á los viajeros en general, y en particular á cierta clase de viajeros. Como ese discurso no tenia nada de toda aquella pantomima de miradas y de ademanes que habría hecho comprender á todo el mundo el sentido de las palabras del joven italiano, en vano llegó á los oídos de Próspero; este último, con los ojos clavados en la tierra y dando mil vueltas á su sombrero, parecía en efecto el criminal que sir John estaba pintando.

En el momento crítico, cuando el baron que seguía á caballo, comenzaba á apurarse porque no sabía cómo terminar la escena dignamente, distinguió al doctor que había ido á la posada para ver la compra de que se hablaba ya en todo el pueblo.

— Mi querido doctor, exclamó sir John con mucha afabilidad, me alegro mucho de veros, os debo muchas cosas.

Antonio se quedó sorprendido con aquella cordialidad; dijo á sir John que nada le debía, y le felicitó por la buena compra que había hecho.

Entonces llegó el criado y anunció á sir John que la cuadra estaba ocupada, y no estaría libre antes de una semana. Esta noticia incomodó al gentleman; Antonio lo notó, y llamando aparte á Próspero que seguía humilde y contrito, le dijo algunas palabras en voz baja, y luego acercándose al baron, le anunció que en la casa donde se hallaba el postillon había una buena cuadra, y que si quería podía confiar el caballo á Próspero. Este último, añadió el doctor, tenia un hermano joven que podía reemplazarle en clase de groom cuando Próspero pudiese volver á su trabajo.

El baron aceptó la proposición, y Próspero trasportado de alegría por su buena fortuna, ayudó á su nuevo «signor Padrone» á apearse del caballo. Sir John confió el animal á sus cuidados, con la expresa recomendación de que había de hallarse todas las mañanas en la posada á las siete de la mañana para recibir las órdenes del día.

Lucy que desde el balcon podía ver y oír todo lo que pasaba abajo, había seguido los incidentes de ese pequeño episodio con mas interés que habría podido tener el asunto para un espectador indiferente; y cuando sir John llamó á Antonio «mi querido doctor», una expresion de contento asomó á sus pálidas mejillas, y su sonrisa se hizo mas suave.

Era muy natural que teniendo tan buen corazon como ella tenia, se alegrara al ver que se aumentaba la buena inteligencia entre su padre y su médico.

— ¡Cuán bueno sois! dijo Lucy al doctor cuando subió y se sentó á su lado.

— ¡Bueno! ¿Y porqué? preguntó el doctor frunciendo el ceño.

— Por haberos acordado de ese caballo, respondió Lucy.

— ¡Ja, ja, ja! exclamó el italiano riéndose de todo corazon por aquella lisonja; ¿y si os dijera que no he sido yo?

Lucy le miró con aire incrédulo.

— Cuando hace algun tiempo me dijisteis que vuestro padre sentia mucho no tener un caballo, hice memoria de la cosa en una carta que escribí aquel día; desde entonces temo haber olvidado completamente el asunto, de modo que no debeis gracias mas que al acaso.

— ¿Y tambien el acaso ha procurado este sillón y esta tienda á una joven loca que demostró su gratitud siendo gruñona é impaciente?

— ¡Vaya! exclamó Antonio echando hácia atrás la cabeza con un movimiento que le era habitual cuando algo le incomodaba; ¡como si unos servicios tan vulgares tuviesen algun mérito! De ese modo, si cuando estornudo, la persona que tengo al lado me dice «Jesus», ya tengo con ella una deuda para toda mi vida.

Lucy no pudo menos de reirse de esta comparacion singular.

— Sin ofenderos, exclamó, ¿puedo manifestaros mi admiracion por el hermoso trabajo de esta silla y por la madera preciosa con que ha sido hecha?

— Ciertamente, respondió Antonio sonriendo; siempre es un gusto para mí el oír elogios de las personas ó las cosas de este pais. La madera es olivo y es obra de un muchacho muy diestro. Si algun día vamos juntos á Taggia, os enseñaré muebles de la misma madera y de la misma mano, que creo estarian bien hasta en *Bavenne Hall*.

— Un hombre tan hábil, dijo Lucy, debería ir á Londres; estoy cierta de que haria fortuna.

— Es muy probable, repuso Antonio; pero no tiene la idea de enriquecerse. Los habitantes de la Riviera tienen mucho apego á su pais natal; no salen jamás de sus lugares y se expatrian rara vez, cuando no les obligan á ello. Además, nuestro ebanista es mas que un obrero, es un artista.

— Comprendo que no se quiera salir de este pais, y con mayor razon cuando se tienen los ojos y el alma de un artista. ¿Dónde se encontraría una naturaleza como esta?

Y en sus ojos se leía una expresion de éxtasis.

Antonio la observaba; por toda respuesta la dijo:

— El aire os aprovecha; pareceis estar mas... animada.

— ¿De veras? Es que me siento muy bien y muy alegre; la alegría, como ya sabeis, se pinta en el rostro.

Antonio clavó sus ojos negros en los suaves ojos azules de Lucy sin hacer ninguna observacion. Esta mirada y este silencio dejaron confusa á la joven, que sin saber porqué se creyó obligada á explicar sus palabras, cosa de que la habría dispensado Antonio.

— Mi hermano, dijo, no puede estar de vuelta en Inglaterra antes de cuatro meses, y así es que mi padre no sentirá ya su permanencia aquí; además, yo estoy muy contenta porque tiene un caballo, y porque me puedo sentar en este balcon á disfrutar de tan hermosa vista. ¿No debo estar alegre?

— Seguramente, dijo Antonio que se había puesto serio y atusaba su barba. ¿Qué faltaba pues á su juicio, en la enumeracion que hacia Lucy de los motivos que tenia para estar contenta?

Siguió una corta pausa, durante la cual el doctor y Lucy no parecían hallarse muy á gusto.

— Ahora que me acuerdo, dijo el italiano levantándose, creo que no he visto vuestro dibujo; ¿se puede ver?

— No vale nada, respondió Lucy sonrojándose un poco; me avergüenzo de mí misma y estoy desanimada.

— Habis abrazado un panorama demasiado grande, repuso Antonio; ¿quereis que os dé un consejo?

— Ciertamente.

— ¿Veis aquella torre medio ruïnosa á la sombra de las palmeras en el cabo de Bordighera?

— Sí.

— Probad esa vista primeramente, ó aquel pedazo de pared con las enredaderas que se destaca sobre el azul sombrío de la mar. No abraceis muchos objetos á un tiempo, y os respondo de que os saldreis con la vuestra. Pero ¡cuidado con la ambicion!

— ¡Temeraria ambicion que quiere remontar el vuelo mas de lo que puede y se viene á tierra! dijo Lucy riendo.

— Es de vuestro famoso Shakspeare, dijo Antonio. Creo que todos los ingleses saben las obras de Shakspeare de memoria. Yo no he encontrado nunca un inglés por ignorante que fuera, que no pudiera citar oportunamente un verso de Shakspeare. ¡Qué hombre debió ser aquel cuyo genio ha podido así durante una série de siglos dar un cuerpo, «una habitacion local y un nombre á los sentimientos de toda una nacion!»

— Otra cita de Shakspeare, exclamó Lucy; le conocéis como si fuera uno de vuestros poetas nacionales.

— Es uno de mis poetas favoritos. Shakspeare no es el poeta de un siglo ó de una nacion, es el poeta de la humanidad. Como un sol, esparce su luz y su calor por el mundo entero de la inteligencia. — ¿Sabeis dibujar figuras? preguntó el doctor señalando á la orilla del mar. ¿Qué grupo harian aquellos pescadores con aquella mujer montada en el asno y que se detiene á hablar con ellos!

— Sí, pero no sé dibujar figuras, respondió Lucy con sentimiento.

— Debeis aprender. Los personajes son tan pintorescos en Italia, que es casi una obligacion reproducirlos.

— Sí, pero hay que saber hacerlo. Yo no sé siquiera por dónde principiar, si por la cabeza ó por los zapatos; ¿quién me puede enseñar aquí?

— Yo podría hallaros un maestro.

— ¿De veras? Pues sí, quiero aprender.

— Mañana os le enviaré. Me habeis dicho á menudo que os gustaria leer el poema del Dante con una persona que pudiera explicarle y comentarle; si seguís en la misma idea, puedo complaceros.

— Parece que teneis el arte de encontrar todo lo que yo necesito ó deseo, dijo Lucy dirigiéndole una mirada de reconocimiento.

— Os sometéis con tanta resignacion á mis órdenes severas, respondió Antonio, que en el día que podeis salir de la cama me veo obligado á poner á contribucion toda la vecindad para servirlos. Os aseguro que tenemos aquí mas recursos de lo que parece á primera vista. En todas las clases hay mucho gusto natural y una singular aptitud para aprenderlo todo. Así es, que tenemos músicos que han aprendido solos y que lo hacen muy bien, á fe mia. Nuestro organista, que podría pasar por un artista consumado, ha sido él mismo su maestro.

— ¡Es asombroso! dijo Lucy; ¿y son comunes como el talento las buenas cualidades?

— Se puede asegurar que nuestros aldeanos tienen todos muy buenas cualidades; son sobrios, independientes, agradecidos; tienen en sí una dulzura innata, y cuando disputan — ¿en qué pais los hombres están siempre en paz unos con otros? — rara vez la contienda acaba á golpes: ¿os cuesta trabajo creerme?

(Se continuará.)

S. A. I. Y R.

la gran duquesa Estefanía de Baden.

La gran duquesa Estefanía, tía del emperador Napoleón III, ha fallecido en Niza el 29 de enero último.

Su Alteza la gran duquesa Estefanía - Luisa - Adriana de Beauharnais, nació en París el 28 de agosto de 1789. Era sobrina de la emperatriz Josefina é hija adoptiva de Napoleón I. El 9 de abril de 1806 se casó con el gran duque de Baden Carlos-Luis-Federico, y quedó viuda con tres hijas el 8 de diciembre de 1818.

Aun habiendo llegado á ser princesa extranjera, la gran duquesa Estefanía no perdió su cariño á la Francia. A despecho de los sucesos políticos que dispersaron á la familia Bonaparte, la gran duquesa conservó un afecto profundo á los miembros de esa familia que era la suya, tanto por el cariño del emperador, como por la adopción.

Las excelentes cualidades de su corazón la conciliaron el amor y el respeto de todos en la alta posición en que se hallaba. Su benevolencia y generosidad la grangeaban las bendiciones de los pobres, de quienes fué siempre la providencia. Las vivas simpatías que la siguieron á la vida privada, cuando dejó las grandezas, prueban que esos testimonios de estimación y de afecto se dirigían sobre todo á sus méritos personales.

Su Alteza Imperial y Real atacada hacia algún tiempo de una enfermedad cuya curación era de esperar, se fué últimamente á Niza. La mejora que se prometían no se realizó; la salud de S. A. fué declinando hasta el punto que llegaron á perderse todas las esperanzas. La gran duquesa murió con calma y dando el ejemplo de una resignación enteramente cristiana.

Hemos dicho que la gran duquesa había tenido tres hi-



S. A. I. Y R. LA GRAN DUQUESA ESTEFANIA DE BADEN. — Dibujo copiado de un cuadro pintado por Schroder en 1809.

jas; la primera, Luisa-Amalia-Estefanía, nacida el 5 de junio de 1811, casada el 9 de noviembre de 1834 con el príncipe Gustavo de Wasa; la princesa Josefina-Federica-Luisa, nacida el 21 de octubre de 1813, casada el 21 de octubre de 1831 con el príncipe Carlos de Hohenzollern-Sigmaringen; la princesa María-Isabel-Amalia-Carolina, nacida el 11 de octubre de 1817, casada el 23 de febrero de 1843 con el marqués de Douglas, duque de Hamilton.

La primera murió dejando una hija, la princesa Carola, mujer de un mérito reconocido.

El general Roguet, edecán del emperador, fué enviado á Niza para acompañar los restos mortales de la gran duquesa por el territorio francés hasta la frontera de Baden.

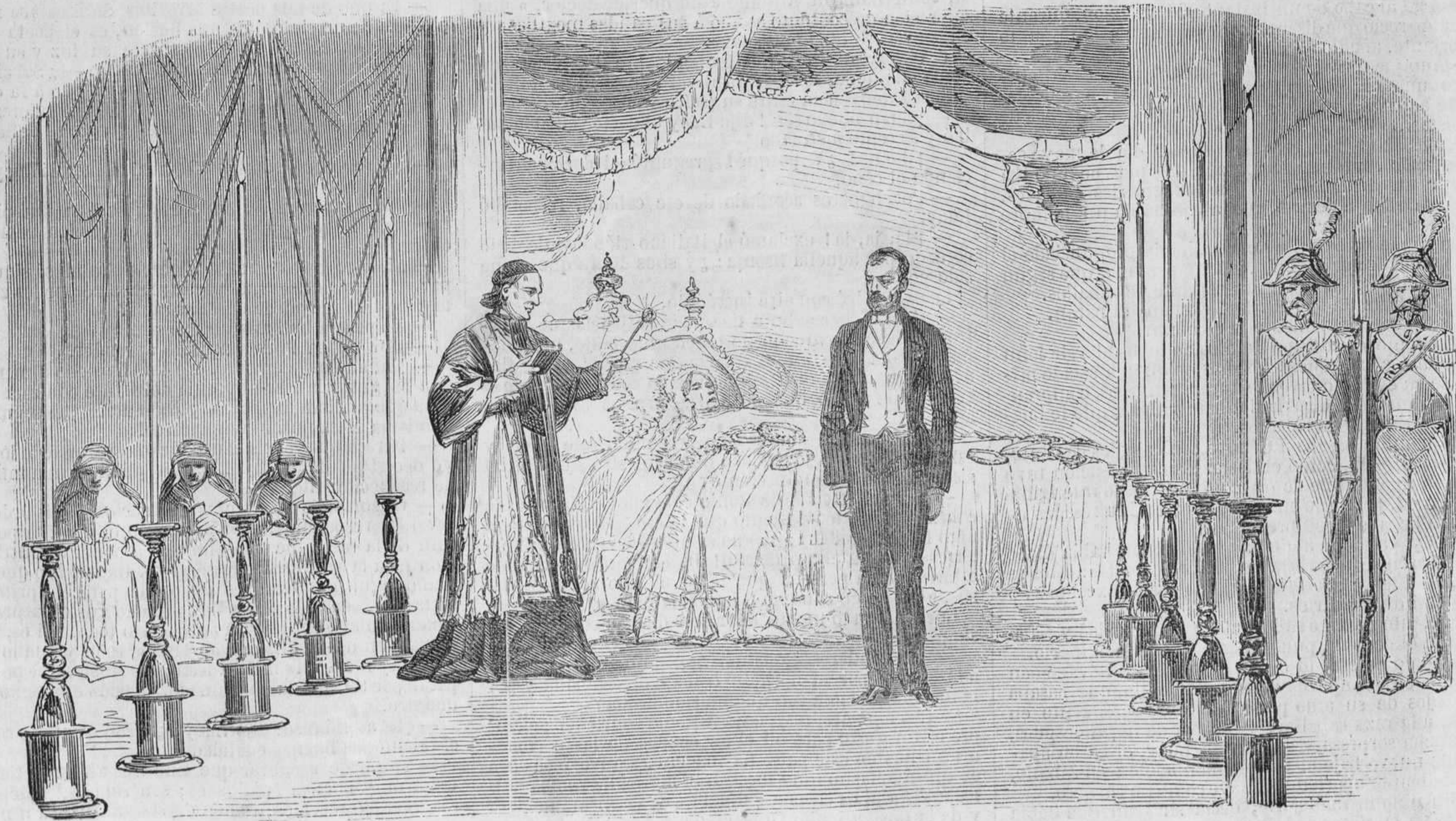
C. M.

Nuestra Señora de Paris

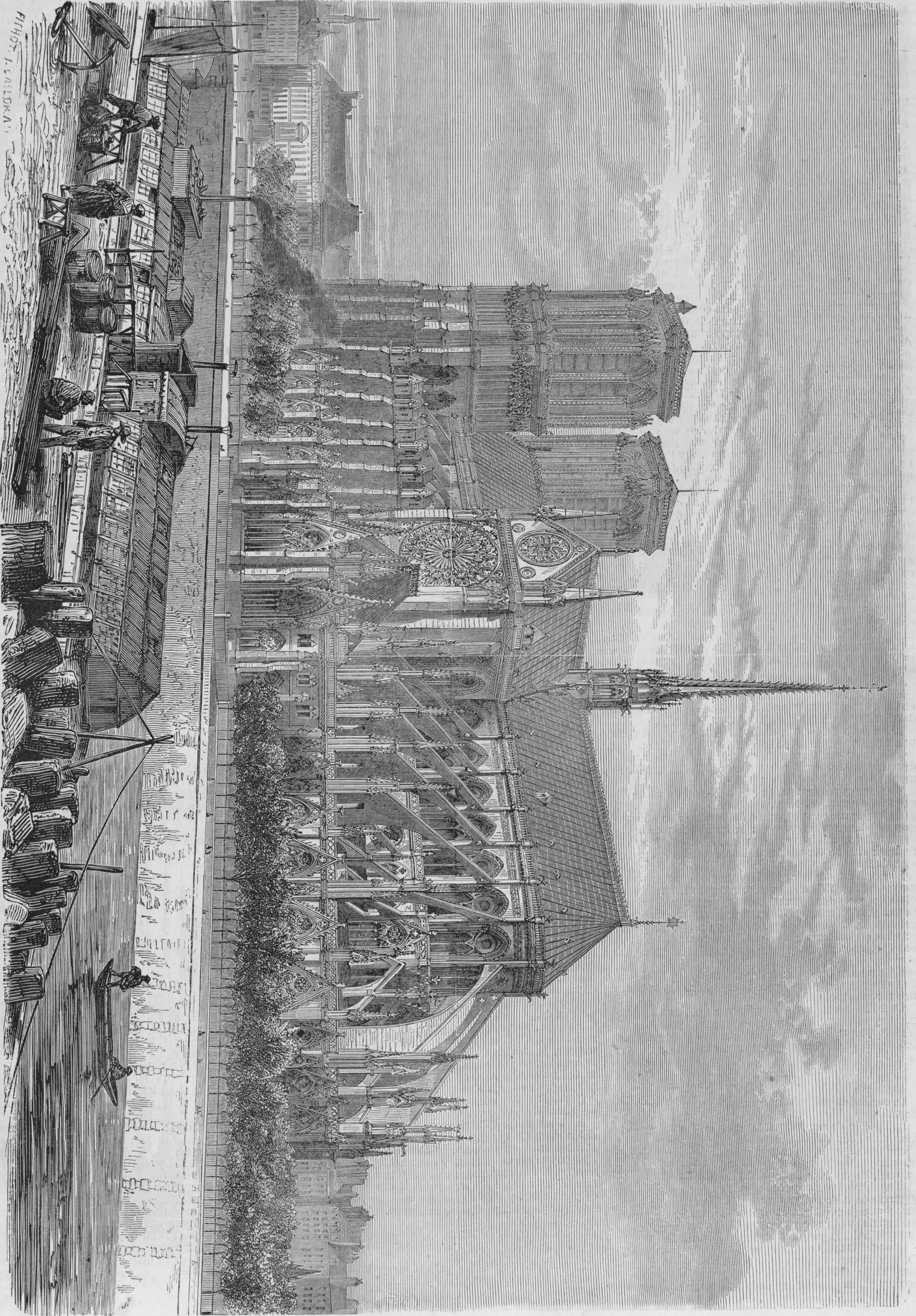
CON SU NUEVA AGUJA.

La nueva aguja elevada sobre la catedral de Paris que acaba de descubrirse de los andamios que habían servido para montarla, produce un bellissimo efecto en el conjunto del edificio. Ejecutada sobre un plano octogonal cuya base tiene siete metros de anchura, esta aguja se compone de un piso cerrado sobre la techumbre, de dos pisos calados con plataformas accesibles, y de la pirámide superior. Tiene de altura 47 metros, y toda ella es de encina de Champaña cubierta de plomo. Sus chapiteles, frisos y demás labores realzan su aspecto. Aun la falta el adorno de las estatuas de los doce apóstoles y de los símbolos de los evangelistas. Esta importante obra ejecutada según los dibujos de M. Viollet-Leduc, suministra una nueva prueba de la ciencia arqueológica del hábil arquitecto á quien está confiada la restauración de la catedral de Paris.

G. F.



EXPOSICION DEL CUERPO DE S. A. I. Y R. LA GRAN DUQUESA ESTEFANIA DE BADEN EN NIZA.



F. HON. I. CALDERA

LA CATEDRAL DE PARIS Y SU NUEVA AGUJA.

La caridad.

I.

Al hablar de la caridad, de esa virtud la más sublime y consoladora de todas las virtudes, la primera figura que aparece ante mis ojos, es su más bella imagen en la tierra.

¿Quién de vosotros, lectores míos, no ha visto alguna vez á esas mujeres que visten un pobre y grosero sayal negro, que cubren su frente y sus cabellos con una toca de lino y se envuelven en un manto de lana? ¿Quién de vosotros no conoce y ama á las nobles y generosas hijas de San Vicente de Paul?

Esas mujeres, hermanas de la caridad, y encargadas de la santa misión de esparcir sus beneficios y sus consuelos sobre la tierra; esas tiernas y amantes criaturas no tienen patria. Descienden del cielo, y donde se sufre allí está su hogar: el que padece es el objeto de sus más solícitos cuidados: la ancianidad, la juventud, la infancia, ven en ellas sus ángeles de paz.

Hállanse en medio de las batallas, en los hospitales provisionales destinados á recoger los cuerpos mutilados de los heridos, en los incendios, en las epidemias, en todas partes, en fin, donde hay dolores que aliviar, desgracias que socorrer y lágrimas que enjugar.

La más hermosa y sublime de las obras de la célebre y nunca bastante alabada madama de Genlis, de esa mujer que fué á un mismo tiempo la más bella dama de la corte de Francia, la escritora más eminente y la madre de familia más ejemplar: la más hermosa obra de esa mujer incomparable está destinada á pintar la abnegación y el heroísmo de las hermanas de la caridad: el que haya leído *Clara de Rosemberg* ó *el Sitio de la Rochela*, no podrá olvidar fácilmente las gentiles y preciosas figuras de las hospitalarias Clara y Honorina, y á la evocación de este recuerdo, las verá ante los ojos de su imaginación recorrer las salas del hospital de la Rochela, envueltas en blancos velos y llevando en las manos el vaso de alabastro que contiene el bálsamo que alivia las heridas de los soldados.

Ni una sola de esas mujeres he encontrado que no tenga el rostro sereno y apacible como su corazón y su conciencia: he visto bajo ese hábito ancianas de noble y benévola fisonomía; mujeres que llegan apenas al estío de la vida, de mirada dulce y elocuente sonrisa, y he visto también jóvenes, en la aurora de sus años, de rostro hermoso y de candidas y risueñas facciones; pero en todos sus semblantes se nota un sello de amor, de resignación y de suavidad que jamás he hallado en los de otras mujeres.

Las hermanas de la caridad son más heroínas, á mis ojos, que Juana de Arco y la Varona castellana: estas se olvidaron de su sexo para hacer alarde de su valor: aquellas conservan además de todos los privilegios del suyo, el más hermoso y envidiable; el de hacer bien á sus semejantes.

La caridad de esas criaturas es inagotable.

El pobre huérfano á quien su madre abandonó, halla en cada una de ellas una verdadera madre muy distinta del monstruo á quien debe el ser.

El anciano enfermo y desvalido encuentra en ellas una hija que le cuida con solicitud y amor.

La pobre joven á quien la miseria y el extravío conducen al mísero lecho de un hospital, halla una hermana en la que lo es de la caridad.

Y esas mujeres ejercen su santo ministerio en la oscuridad, sin testigos de su heroísmo, sin alabanzas, sin galardón de ninguna especie en el mundo: su abnegación es silenciosa é ignorada: la admiración de aquellos á quienes alivian y consuelan, hace enrojecer sus frentes: ellas se contentan únicamente con la aprobación de Dios.

La hermana de la caridad renuncia á ser esposa y madre, para serlo de la gran familia humana; renuncia á los gozos del hogar doméstico para ir á derramar la paz y la dulzura en los extraños hogares; sepárase del mundo, de sus placeres, de sus galas, para ir á empaparse en las lágrimas ajenas, para curar dolores que no la pertenecen, para aliviar padecimientos que no son suyos.

Ellas no ven más que la esperanza de hacer el bien en todos sus sacrificios; pero la esperanza les muestra una corona en el cielo.

La fe, la esperanza y la caridad se sostienen mutuamente y se aman tanto que no se separan jamás.

¡Solo una religión como la nuestra pudiera producir tan benéficas, hermosas y consoladoras hijas!

II.

La caridad es tan sublime y generosa que da cuanto tiene.

La imagen de san Martín dando la mitad de su capa á un pobre me ha conmovido siempre profundamente.

La caridad es una virtud ardiente y apasionada: es un amor indecible á todo el que padece, que solo puede provenir de un rayo del espíritu de Dios.

El egoísmo, ese asqueroso reptil, con cuerpo de acero y garras de hielo, huye temeroso de la caridad: la teme, y aunque quisiera exterminarla, nunca se atreve á dirigirle sus tiros cara á cara, ni á penetrar en los sitios que habita, porque es cobarde y ruin.

Los egoístas no saben de qué placer se privan por no conocer la caridad. Esos desgraciados seres están constantemente sufriendo, pues cuanto poseen les parece poco, y pasan su vida deseando más comodidades y un

bienestar completo, como si este existiese en el mundo: mas cuando creen llegar al pináculo de su dicha, cuando se convencen de que van á ver satisfechos todos sus deseos, otros nuevos deseos se alzan en su corazón, y realizan la fábula de las culpables jóvenes que fueron condenadas á llenar una vasija sin fondo.

La tarea de los egoístas, como la de estas desgraciadas, es interminable: no tuvo principio ni tendrá fin, y todo lo que con ella logran es conquistarse pedazo á pedazo la condenación eterna.

Detrás del egoísmo viene siempre la avaricia: la avaricia, que no deja sueño en los ojos, risa en los labios, ni alegría en el corazón: la avaricia, verdugo del que la abriga en su seno, pues semejante al vampiro, chupa su sangre hasta dejarle sin vida.

El egoísmo es el más vil de todos los defectos y la avaricia la más sórdida de todas las pasiones, y uno y otra causan tantas desgracias, que si pudiéramos verlas quedaria helada la sangre en nuestras venas.

Para el egoísta no hay afectos, ni amor, ni amistad, ni familia: todo lo sacrifica á su propio bienestar; pero nada basta á conseguirlo.

La avaricia lo sacrifica todo al placer de aumentar; pero su loco anhelo no la deja ver su propia miseria, pues de todo le priva y le hace vivir sin pasado, sin presente y sin porvenir.

¡Tú sola ¡oh, sublime caridad! puedes borrar con tus merecimientos las culpas del egoísmo y de la avaricia! ¡Tú sola puedes, con la luz purísima de tu belleza, iluminar los culpables abismos que se abren á sus pies esos mensajeros del infierno!

Porque tú eres, como tu madre la religión, y como tus hermanas la fe y la esperanza, mensajera de Dios en la tierra y santa habitadora del cielo.

Tú llevas en tu manto el consuelo y la alegría. Tú enjugas el llanto amargo de la viudez y las tristes lágrimas de la orfandad.

Tú amas á Jesucristo en el mendigo andrajoso y macilento; y la pureza inmaculada de tu ropaje y la blancura de tus alas cobran nueva brillantez al rozarse con la miseria que constantemente procuras y consigues aliviar.

III.

La caridad extiende tanto sus beneficios que es imposible señalarles un término.

No se contenta con dar pan al hambriento, con vestir al desnudo y con aliviar todos los dolores; la caridad perdona también las ofensas y no hay injuria que no haga olvidar su placida dulzura: ella pone una venda ante los ojos para ocultar á su mirada los defectos de los que nos rodean, y nos hace la vida risueña y feliz.

No creais, lectoras mías, que la caridad exige al que ha de practicarla que se cubra de tosco sayal; ningún penoso sacrificio nos impone la virtud general para que la practiquemos, y de todas las virtudes no hay ninguna que tan suave y fácilmente pueda ejercerse como la caridad.

En todas las situaciones de la vida puede practicarse.

La mujer que por su elevada posición concurre todas las noches á brillantes saraos, si huye de la punible murmuración, si es indulgente, si muestra esa suave dulzura que emana de un corazón sano, si evita la crítica mordaz en la cual, por otra parte, no puede mezclarse sin que su decoro se degrade, ejerce la caridad.

La madre de familia que enseña á sus hijos pequeños á que den á un pobre niño mendigo el dinero que iban á emplear en dulces, ó los dulces mismos que acaban de comprar, ejerce la caridad de un modo muy agradable á los ojos de Dios.

El hombre que enseña á sus criados con dulzura y humanidad lo que necesitan saber para salvarse y cuida de que cumplan con las prácticas de nuestra santa religión, ejerce la caridad de una manera muy meritosa.

El que paga bien y puntualmente á los artesanos que emplea en su servicio, ejerce también la caridad.

Esas mujeres, nobles y hermosas, que dejan las comodidades de su gabinete para ir á visitar y socorrer en las bohardillas las miserias ignoradas y enjugar las lágrimas del infortunio, ejercen la caridad de un modo admirable.

Así pues, no creais, jóvenes lectoras mías, que únicamente os es dado admirar á la caridad y á sus hermanas, sin practicarla: la virtud puede ejercerse en todos los estados, en todas las circunstancias de la vida: la virtud no es adusta; si tal os parece, es porque no os la pintan con su verdadero colorido.

Quizá el deber amedrenta porque no siempre se le comprende.

Para hacerle comprender diré que la sola palabra *deber* tiene un encanto indecible para la mujer que abrigue un alma tierna, cualidad que por fortuna dejan muy pocas de poseer, y que su cumplimiento nos alcanza dos recompensas: una en la tierra con la satisfacción interior que se experimenta con el mero hecho de practicarle, y otra en el cielo, más grande, más gloriosa porque se recibe de las manos de Dios.

IV.

La caridad es un deber para todos en general; pero este deber se convierte en un placer muy dulce para la mujer.

Porque es innegable que la mujer ha nacido con un caudal más rico de sentimiento que el que ha sido otorgado al hombre.

El destino, la principal ocupación de la mujer, es el amor; ¿y qué otra cosa es la caridad, que un amor grande, generoso y purificado?

La mujer debe ser indulgente por carácter y por corazón, y la indulgencia bondadosa es también caridad.

El sexo fuerte tiene ocupaciones y cuidados de que nosotras estamos exentas: porque á mi juicio, el deber del hombre es procurar á su familia la subsistencia y el bienestar: el de la mujer se reduce á administrar bien y celosamente lo que su marido gana y á embellecer todo cuanto le rodea.

El cálculo y el trabajo constituyen la vida del hombre: la de la mujer está únicamente consagrada al amor.

Porque amar á su esposo es procurar que halle en su hogar comodidades y bienestar.

Amarle es recibirle cariñosamente: amarle es conservar en su corazón y en su alma una alegría sincera é igual.

Amarle, en fin, es cuidar de que los objetos en que se fijan sus ojos le sean agradables.

La caridad debe ser pues una ocupación en la mujer por avenirse mejor con su organismo y con el destino que el cielo le ha deparado sobre la tierra.

A la mujer que reciba en su pecho á esa bella hija de la religión, Dios la colmará de dichas y de prosperidades: en pos de la caridad vendrán la esperanza y la fe, y su vida será feliz y estará exenta de pesares, pues no hay padecimiento que no endulcen esas mensajeras del cielo.

Si... ¡Feliz aquella que las abriga bajo su techo! ¡Feliz la que consigue que se reclinen en las cunas de sus hijos.

Feliz la que les rinde el amoroso culto que merecen. Las bastardas pasiones no combatirán jamás su seno.

La felicidad no se apartará de su hogar, porque la felicidad existe en nosotros mismos, y solo una conciencia pura puede darla.

Sí, por vuestro daño, habeis nacido con una imaginación ardiente, no la calcineis con sueños vanos.

El poder y la gloria no se han hecho para la mujer. Su poder está en el ascencimiento que puedan darle su dulzura y el exacto cumplimiento de sus deberes.

Su gloria en la práctica de las virtudes. Su felicidad depende de que la sostenga la fe, la halague la esperanza y la anime la caridad.

MARIA DEL PILAR SINUES DE MARCO.

Anda el diablo en Cantillana.

Señor don Fernán Caballero, — muy señor mío: Quizás dirá Vd. que faltó á la modestia propia de mi sexo escribiéndole estas líneas sin tener el gusto de conocerlo personalmente; porque en efecto no es costumbre en España que las jóvenes solteras escriban á los hombres, á menos que medie parentesco ó antiguas relaciones de amistad. Pero soy una admiradora tan entusiasta de los preciosos escritos de Vd., que me perdonará si me aventuro á faltarle, por una vez sola, á la etiqueta que rige en lo tocante á las relaciones de nuestros sexos, para dedicarle el siguiente primero y tímido ensayo de mi inexperta pluma.

Soy de Vd., atenta servidora Q. B. S. M.

MARTINA MARTINEZ.

Pozuelo y febrero de 1860.

I.

Don Custodio de Pardo y Landa era un honrado montañés, cuya familia, rica en timbres y pergaminos, pero pobre en bienes más tangibles y más apreciados por el vulgo, lo había despachado en edad temprana a la isla de Cuba en busca de la suerte, que no parecía dispuesta á sonreírle en la tierra de su nacimiento.

Después de pasar por todos los grados intermedios que el aventurero peninsular tenía que recorrer en aquella época cuando iba á mejorar de suerte en las Antillas; es decir, después de presentar su carta de recomendación á fray Serapio del Amor de Dios, natural de su mismo pueblo y medio pariente de su padre, y de tomar chocolate con él y responder á cien mil preguntas sobre sucesos domésticos y públicos del susodicho pueblo; después de haber obtenido, por influencia del mismo fray Serapio, colocación en un almacén de géneros de lo que por acá llamariamos ultramarinos, incluso garbanzos, jabón, velas de sebo y otros comestibles; después de haber barrido la tienda durante seis ó siete años; después de haber conquistado con su honradez el aprecio de su principal; después de haber ascendido á ser su brazo derecho y á manejar todos sus bienes rústicos y urbanos, y después de otras prosperidades y progresos que sería inútil referir, y en que el interesado veía claramente la mano de Dios y la bendición día y noche, don Custodio, hecho ya hombre formal, experimentó el primer contratiempo de su vida y el primer golpe de enemiga y adversa fortuna: se casó.

Y cuidado, que si esta desgracia ha admitido alguna vez circunstancias atenuantes, en ninguna han sido de mayor peso que en la desgracia particular de don Custodio, porque la mujer que le deparó la suerte no podía ser más á propósito para él. Hija de su principal, antiguo y honrado español, que había aprendido á leer á

los treinta años, pero que á los sesenta habia sabido allegar un caudal de medio millon de duros, Teresa no sabia una palabra de francés, en su vida habia visto un figurin de París, y (suprema dicha) ignoraba completamente los rudimentos del piano. En cambio tenia unas manos divinas para guisar y coser, manejaba la casa como una señora mayor, pues su padre era viudo y ella hija única, y no examinada faccion por faccion, sino tomada en conjunto, su figura modesta, natural y reposada estaba muy distante de ser desagradable. Para completar su retrato, solo diré que llamaba al autor de sus dias vulgar y prosáicamente *padre*, que tenia muy pocas amigas en el pueblo, y que todas las noches hacia rezar el rosario á la caterva de negros y negras de todas edades que constituian la servidumbre de la casa.

Ello es que don Custodio se dió trazas de vivir feliz con ella, como hombre ignorante que era de los goces de la vida de Madrid, se consagró con mas celo que nunca al cuidado de los intereses de su suegro, que aumentó considerablemente, y se cargó de hijos, á razon de uno al año con la mayor regularidad, y de sexo alternado.

Despues de un largo período de esta existencia tranquila, metódica y lucrativa, don Custodio, que como ya hemos visto, habia sufrido una primera desgracia, experimentó, sin duda como compensacion, una inefable felicidad: se le murió el suegro.

Y digo inefable felicidad, por conformarme con la filosofía moderna que ha declarado un odio implacable á este pariente en ambos sexos, y especialmente en el femenino; que por lo que hace á don Custodio, consideró el suceso como la mayor de las calamidades que podian sobrevenirle; y Teresa se acogió tanto, que por poco deja á sus hijos huérfanos y á su marido viudo. Por largo tiempo, el sitio que el buen viejo solia ocupar en la mesa quedó vacante, como si se temiese profanarlo; y este vacío, en que diariamente se fijaban humedeando los ojos de los demás individuos de la familia, hablaba en su muda elocuencia con mas energía que el mas pomposo epíteto, y decia con toda claridad aun al espectador que no estuviese en antecedentes: este es el hueco que ocupaba una de aquellas obras maestras del Creador: un hombre de bien.

Y ese vacío no era mas que la representacion material, la expresion visible del que habia dejado en los corazones de todos sus deudos; vacío mucho mas difícil de llenar que el otro, y que aunque á fuerza de tiempo puede irse contrayendo, no desaparece por completo jamás, y cuando menos deja hondas cicatrices que de cuando en cuando se abren bajo la influencia de un recuerdo repentino, como la antigua herida del militar veterano bajo el influjo de los cambios atmosféricos.

Tan incurable pareció este vacío por lo pronto á la familia de nuestro héroe; tanto la disgustó con todo lo que la rodeaba; tan amargo era el tormento de los recuerdos diarios, que por fin, despues de pensarlo mucho, de largas vacilaciones y de muchas mudanzas de planes, la familia se resolvió á abandonar para siempre la isla de Cuba y á establecerse en la península.

Adoptada esta resolución, don Custodio, que no entendia de manejar sus haciendas por medio de mayordomos ni de cartas escritas desde el otro mundo, y que además no habiendo logrado nunca desembarazarse por completo los misterios de la ortografía, tenia un saludable horror al género epistolar, realizó sus fincas y sus existencias poco á poco, las convirtió en pesos duros, y con estos, bien acondicionados en sólidos cajones, con su familia y sus criados se embarcó para Europa.

No era don Custodio hombre aficionado á progresos modernos, ni aceptaba en materias de navegacion mas sistema que el que él habia encontrado vigente al atravesar por primera vez el Océano; así es que ni remotamente pensó en tomar pasaje en uno de esos palacios flotantes que en pocos dias lo ponen á uno en los antipodas, y en que se vive con mas lujo y comodidad que en tierra, sino que flotó para su uso exclusivo, el de su familia y sirvientes y el de sus pesos duros, aquella venerable fragata llamada *Nuestra Señora de los Desamparados*, construida segun los modelos mas perfectos de los tiempos del arca de Noé, y mandada por el capitán Campillos, antiguo alférez de navío que perdió el brazo izquierdo en el combate de Trafalgar, y que para no morir de hambre al calor del agradecimiento de aquel gobierno absoluto, tan sensato, tan pintoresco, tan paternal y tan hábil, y que tanto echamos de menos en esta época prosáica de los ferro-carriles, habia tenido que consagrar sus servicios á la marina mercante.

En cincuenta y ocho dias, la mitad de los cuales se pasaron á media racion, aquella amazon venerable y antediluviana llegó con toda felicidad á Cádiz; y la ciudad heroica tuvo el gusto de recibir en su inexpugnable recinto á don Custodio, acompañado de su larga prole, de su formidable equipaje, de sus pesos duros, de dos negras y un negro, y de varios loros.

El proyecto de la familia era establecerse en Sevilla. Es una peculiaridad muy notable del montañés ultramarino, que no digo cuando se le ha cogido joven y trasportado á América antes de que pueda llevar recuerdos del suelo en que nació, sino aun cuando se le ha cogido en edad inmadura para sufrir el procedimiento de la domesticacion de las playas trasatlánticas, si alguna vez vuelve á España, es de seguro, no á su pueblo, sino á Andalucía.

El montañés venera al andaluz como á un ser superior, y cuando una vez ha probado el fruto prohibido de la sal andaluza, no puede existir privado de este in-

comparable condimento. Es como el sabroso habitante de los bancos de Terranova: cuando una vez se le saca de su elemento nativo, ó se pudre rápidamente, ó hay que conservarlo á fuerza de sal, si ha de presentarse en nuestras mesas bajo la apetecible forma de bacalao. Creo que esta es la explicacion filosófica del fenómeno que observamos cuando el montañés trasatlántico se establece en Andalucía. Ello es que don Custodio era gran admirador del chiste andaluz, aun en sus mas tibias manifestaciones, y creia que la sal andaluza, aun cuando no se revela mas que en el simple ceceo, era el último límite del ingenio humano. Por eso se estableció en Sevilla.

(Se continuará.)

Revista de la moda.

SUMARIO. — El carnaval y los bailes de máscaras. — De los trajes de este año. — Rigodon de cantineras. — Trajes de los departamentos de Francia. — Los cuatro elementos. — Vestidos juveniles. — Vestidos de hadas. — Las marquesas antiguas. — Sombreros de entretiempo. — Descripción del figurin de este número representando trajes de baile.

Estamos en carnaval, y por consiguiente se baila en todas partes. El sábado último ha habido algunos bailes de máscaras en el mundo oficial. ¿Cuáles son los trajes á la moda? se nos preguntará. Esto depende del gusto de la persona. Cuando una señora es alta y esbelta y de aire gracioso, el traje de cantinera la sienta á las mil maravillas; cuando por el contrario es de aspecto melancólico y vaporoso, lo que la está mejor es un vestido de tul sembrado de estrellas de diamantes y de medias-lunas de oro. Los trajes Luis XV son siempre muy buscados por las señoras hermosas. Se copian en el Louvre y en las estampas de la época. Hemos visto en el baile de un funcionario público un rigodon bailado por cantineras de todas las naciones militares de la Europa. También figuraban allí los trajes mas pintorescos de las provincias francesas. Otro rigodon representaba los cuatro elementos personificados.

La tierra cubierta de diamantes sobre dos vestidos con bordados de oro y plata.

El agua con sus corales y sus perlas blancas, negras y de color de rosa.

El fuego con las llamas del Vesubio sobre faldas de seda, gasa y crespón.

No salgamos de los prendidos de baile; el mes próximo hablaremos de la primavera; la moda actualmente sigue encerrada en los vestidos de tafetan color claro, las tarlatanas y los tules lisos y estampados. Se hacen preciosos vestidos de tarlatana compuestos de siete ú once pequeños volantes malva y blanco, ó azul y blanco, cereza y blanco, rosa y blanco.

La tarlatana es la tela preferida por la juventud. Hé aquí la descripción de dos vestidos juveniles:

El primero se compone de tres faldas de tarlatana cosidas una sobre otra. La tercera falda va recogida á la Watteau con gruesos lazos de terciopelo ó de cinta. El cuerpo lleva draperías y un lazo semejante.

La segunda falda está hecha con bullones de tarlatana puestos horizontalmente y separados por ruches de tarlatana recortada. Parece capas de nieve.

¿Y ese otro vestido de tul blanco sembrado de florecillas azules en nubes de tul? — Es un vestido para una niña de diez y ocho años.

¿Y el otro de tarlatana reproducido con once bullones que van por grados, separados cada uno por un ruló de tafetan blanco, de tafetan rosa, malva y cereza. El cuerpo lleva tirantes de cinta que caen al lado con puntas flotantes.

Hé aquí la descripción de otros vestidos para señoritas y señoras jóvenes:

— Un vestido de crespón blanco con once pequeños volantes recortados y una segunda falda de crespón recogida á la Camargo, con lazos de cinta. Cuerpo guarnecido con una drapería de pequeños volantes formando fichu por delante y por detrás. Mangas cortas y huecas recogidas con un sesgo de cinta formando hombreras.

— Un vestido de crespón color de rosa guarnecido abajo con dos grandes ruches de crespón rosa recortado, y sobre el cual flotan dos tunicas de crespón rosa recogidas con una corona de rosas. Cuerpo con draperías. Mangas adornadas con una guirnalda en el estilo de la ruche. Este vestido es de tul blanco y va lleno de lazos de cinta en forma de mariposas. Igual adorno en las mangas y en el cuerpo.

— Otro vestido de tarlatana blanca con un gran volante Luis XVI con un rizado encima. En la primera falda túnica con volante que se abre sobre el delantero de la falda y se sostiene con un lazo á la María Antonieta. Mangas con vuelta.

— Otro vestido de tarlatana con siete volantes guarnecidos con una ruche de tul; el cuerpo lleva una bata con tres volantes con ruche de tul.

— Un vestido de crespón liso blanco con doble falda guarnecida cada una con pequeños volantes recortados.

La primera falda tiene siete volantes, y la segunda redondeada en forma de delantal tiene cinco. A los lados dos gruesos lazos de tafetan blanco sostenidos con cintas que se cruzan. El cuerpo lleva un cinturón de cinta prendido por detrás con una berta guarnecida de volantes menudos.

Ahora pasemos revista á los prendidos de los grandes bailes.

Las señoras se visten de hadas; no les falta mas que la virtud para que sea completa la ilusion. Entiendo yo por vestidos de hadas los dos trajes siguientes:

Un vestido de tul verde luz todo afollado y sembrado de gruesas bolas de plata colgando de un hilo imperceptible y

meciéndose en el tul. Sobre esta falda muy hueca, flota un velo de tul verde luz sembrado de chispas de plata y orlado con una rica blonda de plata. El cuerpo lleva draperías caprichosas con guarnicion de blonda de plata. En la cabeza una diadema de brillantes.

El segundo es tambien de tul sembrado de estrellas de oro que describen bullones al sesgo separados por un cordón oro y negro. En la falda, velo con puntos negro y oro. Tocado morisco de terciopelo negro bordado de oro con borlas de oro.

Otros vestidos hay que recuerdan el estilo Luis XV y las hermosas marquesas de entonces.

Júzguese por el siguiente:

Una falda de tul afollada hasta la mitad con una segunda falda compuesta de delantales de tafetan cereza orlados con un grueso rizado de blonda y de cinta, y separados unos de otros por rizados de tul mas menudos. Nada mas propio de la época. El cuerpo es un gracioso estudio de blonda y de cintas. Con polvos en la cabeza y un lazo de rosas encima del ojo izquierdo, este traje resucita una marquesa del reinado de Luis XV.

Dejemos ya los vestidos de baile hasta el año próximo.

Los sombreros presentan en el dia un aire primaveril que encanta. Se llaman sombreros de entretiempo. Hé aquí cómo son algunos de los mas lindos:

— Un sombrero de tul blanco plegado con bavolet de terciopelo epinglé rosa. El ala de terciopelo negro con blonda rizada que cae sobre el sombrero. En el interior, drapería de terciopelo negro sostenida con tres anillos de oro. Cintas de tafetan color de rosa.

— Un sombrero de crespón blanco con bavolet y el borde del ala de terciopelo epinglé verde Azoff. Encima del sombrero, lazo de terciopelo verde esmeralda, sostenido en medio por una hebilla de oro, de donde sale una banda que se anuda bajo la barba á guisa de cintas con un broche de terciopelo verde y una hebilla de oro. Por dentro un bándó de terciopelo verde con hebilla de oro en medio.

— Un sombrero de tul blanco y negro de Chantilly con bavolet de terciopelo negro. Por un lado cocas de blonda y de encaje negro con lazo de rosa al borde del ala. Por dentro ruche de encaje negro y ramo de pluma negra. Cintas de color de rosa.

Mientras llegan los vestidos y las confecciones de primavera, nuestro figurin ofrece prendidos de baile.

El primero es de moaré antiguo color de rosa. La falda montada á gruesos pliegues forma cola por detrás. Cuerpo escotado con cinturón de terciopelo negro en forma de lazo con las puntas flotantes. Fichu Carlota Corday, de tul y encaje. Por un lado sobre el fichu hombrera de terciopelo negro. Por el otro, hombrera de flores color de rosa. Mangas cortas y huecas. Tocado Luis XIII, con el cabello rizado y caido por detrás. Corona de rosas. Brazaletes de oro con hebilla de diamantes. Abanico Pompadour. Guantes blancos. Zapatos de raso blanco.

El segundo vestido es de crespón verde luz con nueve volantes adornado con un rizado de crespón verde. Cuerpo escotado de punta con bata del mismo estilo que la falda. Mangas cortas y huecas. Ramillete de pensamientos de terciopelo en medio del cuerpo. Tocado Dubarry con ramo de pensamientos en lo alto de la cabeza. Pañuelo de encaje de Inglaterra; guantes blancos, zapatos de raso blanco y collar de ópalos con cercos de diamantes.

El tercer traje se compone de cuatro faldas de tul blanco que rematan cada una en un grueso bullón de tul por el cual pasa una cinta azul. De distancia en distancia sobre los bullones, cintitas azules. Cuerpo escotado con berta compuesta de dos bullones. En cada hombro lazo de cinta azul. Mangas cortas afolladas con largas mangas Sultana que caen hasta media falda. Tocado de cocas de blonda blanca y de rosas azules. Zapatos de raso blanco.

El cuarto traje es de raso negro afollado de tul negro hacia abajo con túnica de encaje de Chantilly que llega á la altura de los afollados. Se puede hacer esta túnica de encaje con tres volantes de Chantilly. Aderezo de coral y de cadena de oro. En la cabeza cordón y puntas de terciopelo negro. Zapatos de raso blanco.

VIZCONDESA DE RENNEVILLE.

Proyecto de un nuevo uniforme para la tropa de línea del ejército francés.

Hace tiempo se agita en Francia la cuestión de dar un nuevo vestuario á la infantería, siendo el objeto que sirva uno mismo para tiempo de paz y para la guerra. Entre varios proyectos presentados á S. M. el emperador, parece que la atencion se ha fijado en el siguiente:

Pantalón de paño encarnado un poco mas ancho que el pantalón actual, caido á voluntad sobre la polaina, y plegado interiormente durante las marchas.

Polaina como la que usan los zuavos.

Levita corta ó jaqueta, como la de los cazadores de infantería, de paño azul, abotonada derecha sobre el pecho, con el cuello azul y abierto por delante para que se vea una corbata sencilla de algodón azul.

Charreteras pequeñas y sencillas que caigan naturalmente sobre los hombros para que no incomoden al soldado cuando se acueste en la cama de campaña.

Capote ó gaban de paño gris; esta prenda de mucho abrigo y muy ancha se cruza sobre el pecho; las mangas son anchas tambien para que puedan pasar cómodamente sobre el uniforme; por último, lleva una capucha que preserva la cabeza cubriéndola aun cuando esté puesto el chacó.

Chacó de la misma forma que el que se usa actual-

mente, pero mas reducido, con barboquejo de charol y pompon esférico de meta y flama.

La gorra de cuartel es de paño encarnado con vuelta azul y vivo amarillo y borla.

En fin, una especie de blusa de muleton azul como la que usan los marinos, se llevará bajo el uniforme cuando el frío sea rigoroso, y servirá de chaqueta para las horas de trabajo.

El armamento y el equipo seguirán los mismos.

Parece ser que estrenará el nuevo uniforme el regimiento 56º de línea.

G. F.

Salida de Milan

DE MILITARES FRANCESES HERIDOS EN MAGENTA.

Escriben de Milan con fecha 25 de enero : « Nuestra ciudad ha experimentado ayer una de las vivas emociones que hicieron palpar el corazon de los milaneses durante la inmortal campaña de 1859. Entre los muchos heridos trasportados á Milan despues de



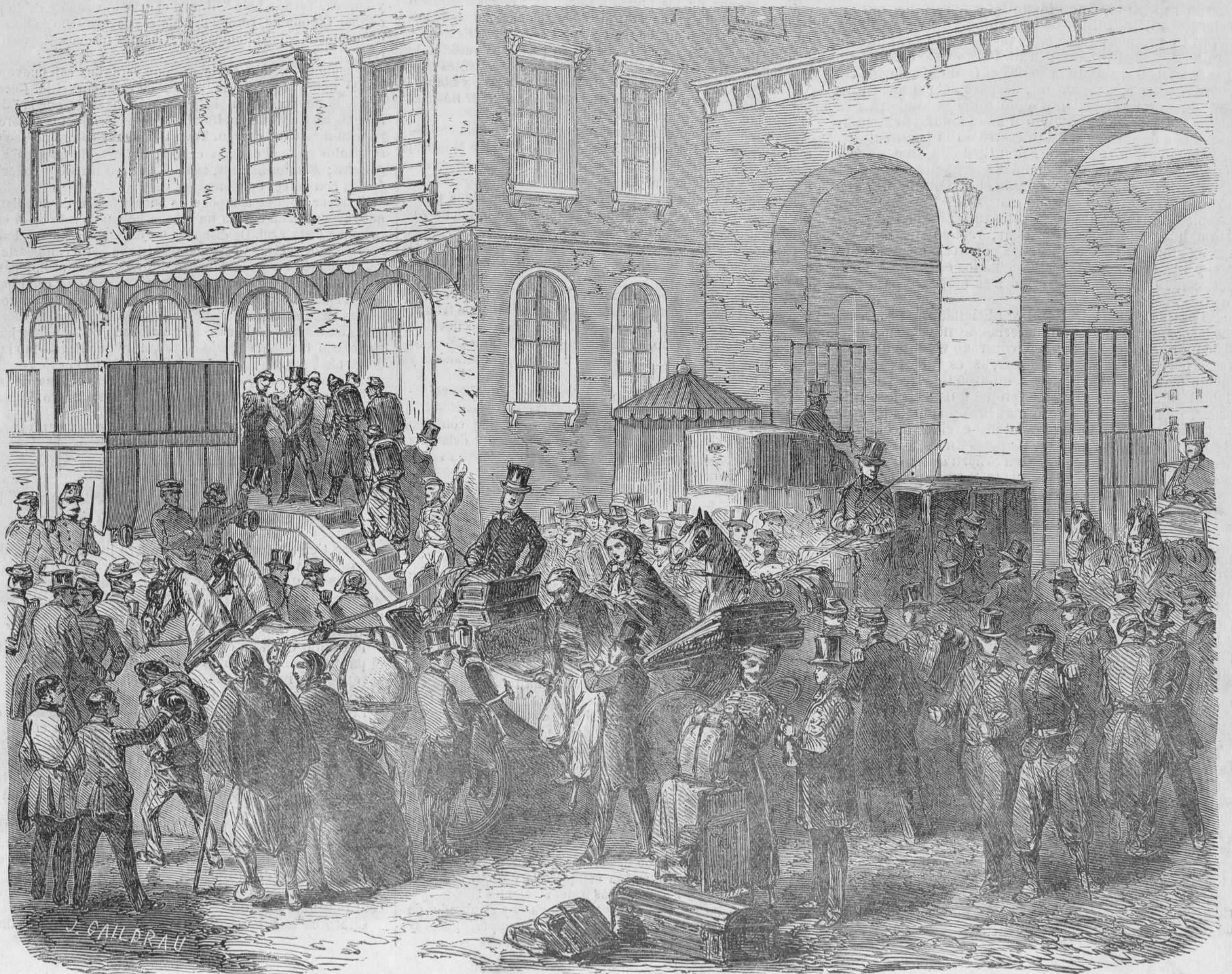
Uniforme de cuartel.

De gala.

De campaña.

la gloriosa batalla de Magenta y el combate de Melegnano, algunos de ellos que lo estaban gravemente, no habian podido hasta hoy regresar á Francia y se habian quedado confiados al cuidado de los ciudadanos generosos que los habian recibido con tanta solicitud despues del combate. Unos cuarenta de estos valientes hoy completamente restablecidos de sus largos padecimientos, recibieron orden de volver á su patria, y con este fin marcharon al camino de hierro acompañados de las personas que los habian hospedado por espacio de ocho meses. Fueron en coche hasta la estacion, y el público prevenido de su salida acudió en masa á verlos : la despedida fué muy tierna. La muchedumbre que llenaba el embarcadero prorrumpió en aclamaciones entusiastas; habriase dicho que estábamos en aquellos dias de embriaguez y de júbilo en que los habitantes de Milan, libertados del extranjero, hacian al ejército francés ovaciones dignas del valor que las tropas acababan de desplegar en favor de la independencia italiana.

» VITTORIO CALVI. »



SALIDA DE MILAN DE MILITARES FRANCESES HERIDOS EN MAGENTA. (24 de enero.)